

RIESGOS QUE VALEN LA PENA



OSVALDO REBOLLEDA

RIESGOS QUE VALEN LA PENA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Corrección solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Los riesgos de la Fe.....	11
Capítulo dos:	
Los riesgos de no correr riesgos.....	20
Capítulo tres:	
El Espíritu Santo como impulsor de riesgos.....	30
Capítulo cuatro:	
Los riesgos de creer en lo imposibles.....	38
Capítulo cinco:	
Los riesgos de hablar cuando otros callan.....	47
Capítulo seis:	
Los riesgos de perderlo todo por Cristo.....	55

Capítulo siete:

Los riesgos de la comunión profunda.....65

Capítulo ocho:

Los riesgos de la generosidad radical.....74

Capítulo nueve:

Los riesgos de trabajar juntos.....83

Epílogo.....91

Reconocimientos.....99

Sobre el autor.....101



INTRODUCCIÓN

“Vivimos por fe, no por vista.”

2 Corintios 5:7

Es un hecho lógico y sabido por todos que en la vida siempre hay riesgos, pues cualquier actividad puede implicar consecuencias inciertas. El simple hecho de vivir conlleva el riesgo de la muerte. Sin embargo, muchos expertos consideran que el mayor riesgo es no hacer nada o no arriesgarse, ya que la inacción limita la experiencia y el crecimiento personal. Es importante asumir ciertos riesgos con prudencia, evaluando las posibles ganancias y costos.

Esto resulta aún más incierto para quienes caminan sin Dios, porque carecen de luz y de dirección divina. Sin embargo, los hijos de Dios ya no andamos a la deriva, arriesgándonos “por las dudas”, como hacen los demás. Nosotros andamos “por fe”, y la fe verdadera siempre nos presentará riesgos vinculados al Reino: riesgos que detecta nuestra mente y nuestro corazón, pero riesgos que valen la pena enfrentar, porque al final son la garantía que el Reino nos presenta desde su plano espiritual.

Lamentablemente, la vida cristiana ha sido presentada en muchos púlpitos modernos como un camino seguro, estable y lleno de certezas previsibles. Se la ha reducido, a veces, a una sucesión de rutinas devocionales, programas de

iglesia y normas de comportamiento, como si la fe fuera una garantía contra la incertidumbre. Pero la verdad es que el Dios de las Escrituras nunca llamó a Sus hijos a una vida de seguridad humana, sino a una vida de confianza radical.

El Dios que sacó a Abraham de Ur de los caldeos sin mostrarle el mapa; el Dios que condujo a Moisés a enfrentar a la nación más poderosa de la tierra; el Dios que envió a David contra un gigante con apenas una honda; o el Dios que animó a Pedro a caminar sobre aguas agitadas, sigue siendo el mismo. El problema no es que Dios haya cambiado; el problema es que nosotros hemos domesticado la fe, reduciéndola a un concepto, a un discurso, a un credo sin riesgo, con el cual solo perseguimos que nos vaya bien.

Creer es arriesgar. La fe, en su esencia, nos coloca en un terreno inestable para la razón, pero firme para el espíritu. Quien busca garantías absolutas antes de obedecer nunca conocerá la plenitud del obrar de Dios. La fe exige un paso hacia lo desconocido, una rendición de nuestras seguridades a cambio de la certeza de Su presencia.

Sin embargo, muchos cristianos han preferido el silencio de una vida sin desafíos a la incomodidad de escuchar al Espíritu Santo. El Espíritu impulsa, sacude, incomoda. Nos llama a ir más allá de lo posible, de lo calculable, de lo razonable. Por eso no pocos creyentes prefieren cerrar el oído interior: saben que, si Él hablara con claridad, los llevaría a un terreno donde ya no podrían

controlar las circunstancias, sino solamente confiar, porque así es el Reino.

La Iglesia contemporánea enfrenta el peligro de vivir de recuerdos: predicamos de un Dios que en la Biblia abrió mares, multiplicó panes, resucitó muertos y transformó imperios, pero en nuestra práctica cotidiana lo reducimos a un concepto respetable, a un objeto de estudio o a un inspirador moral. Yo suelo decir que aparentamos tener a un Dios más grande en la Biblia que en la vida, y eso está muy mal.

Cuando actuamos de esa manera, las consecuencias son acciones de una fe que se conforma con poco, que no se atreve a creer por lo grande, que busca comodidad antes que propósito. Nos hemos habituado a una espiritualidad sin vértigo, a un cristianismo donde no ocurre nada que nos haga perder el sueño, nada que nos arranque lágrimas de intercesión, nada que nos obligue a depender de milagros. El Dios de la Biblia sigue siendo el mismo, pero el pueblo que dice adorarlo ya no se arriesga por Él.

Los grandes avances del Reino siempre se han gestado en el terreno del riesgo. La historia de la redención está escrita con tinta de valentía. No hubo liberación sin riesgo, no hubo conquista sin fe temblorosa pero obediente, no hubo reforma sin hombres y mujeres dispuestos a dejarlo todo.

Los héroes de la fe en Hebreos once, no son celebrados por haber llevado vidas seguras, sino por haber entregado

todo sin garantías terrenales. Conquistaron reinos, hicieron justicia, cerraron bocas de leones, apagaron la furia de las llamas y escaparon del filo de la espada; sacaron fuerzas de la flaqueza, se mostraron valientes en la guerra y pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Otros experimentaron vituperios y azotes, prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados (**Hebreos 11:33 al 38**). El texto concluye declarando que eran hombres y mujeres *“de los cuales el mundo no era digno”*. Esa es la marca de los que se atrevieron a creer.

Hoy, más que nunca, necesitamos recuperar esa dimensión arriesgada de la fe. No hablo de una temeridad inconsciente ni de una imprudencia emocional, sino de la obediencia radical que nace de escuchar la voz de Dios y seguirla, aunque todo alrededor parezca imposible.

Las generaciones que se quedan en la teoría nunca transforman realidades; la gente de fe que se arriesga, sí. Es en la frontera del riesgo donde se manifiestan los milagros; es en la línea donde se acaba el control humano y comienza el obrar divino donde el Reino se expande con poder, glorificando a Dios.

Este libro es una invitación a dejar atrás la comodidad de lo predecible y adentrarse en la aventura de lo eterno. Los riesgos de la fe no son una pérdida, son una inversión. Cada paso en obediencia abre la puerta a dimensiones más hondas

de comunión con el Espíritu, a experiencias más profundas de transformación y a frutos más abundantes para la gloria de Dios.

Los riesgos de la fe no son caprichos de un Dios exigente, sino oportunidades para conocerlo en Su grandeza, experimentar que Él es fiel, comprobar que Su poder se perfecciona en nuestra debilidad y permitir que el Reino se manifieste ante un mundo que observa desde lo natural.

Algunos de estos riesgos parecerán irracionales: dar cuando parece no haber recursos, perdonar cuando lo lógico es vengarse, amar cuando lo más fácil es odiar, callar cuando el orgullo grita hablar, hablar cuando el temor pide silencio, salir cuando todo impulsa a quedarse.

Otros riesgos parecerán imposibles: creer por un milagro en medio de un diagnóstico terminal, esperar en una promesa cuando todo se derrumba, perseverar en la oración cuando los cielos parecen cerrados. Y, sin embargo, son precisamente esos riesgos los que marcan la diferencia entre una vida cristiana superficial y una vida cristiana fructífera.

La fe no es un refugio contra las tormentas, es un barco que se lanza en medio de ellas con la certeza de que Jesús está en la cubierta. La fe no es ausencia de miedo, es avanzar a pesar del miedo, sabiendo que la voz que llama es más poderosa que el rugido del viento. La fe no es garantía de éxito humano, es certeza de que, pase lo que pase, Dios será glorificado y nosotros seremos sostenidos.

Al escribir estas páginas, no busco motivar un entusiasmo pasajero, ni proponer un evangelio de osadía sin fundamento. Mi deseo es recordar a la Iglesia que seguir a Cristo siempre implicó riesgos naturales, y que lejos de ser una desventaja, es precisamente ahí donde se experimenta Su poder. Quiero que el lector descubra que vale la pena salir de la barca, vale la pena poner la vida en el altar, vale la pena perderlo todo para ganar a Cristo.

Tal vez este libro llegue a manos de un cristiano cansado de la rutina espiritual, de un líder que siente que su ministerio se ha vuelto monótono, o de un joven que sueña con servir a Dios pero teme equivocarse. A todos ellos quiero decirles: no teman arriesgar, porque hay riesgos que valen la pena.

El Reino de los cielos nunca avanzó con creyentes que jugaron a lo seguro. Este es un llamado a escuchar al Espíritu Santo otra vez, a dejar que Su voz nos incomode y a creer que Dios sigue obrando con poder en nuestro tiempo. No somos espectadores de una fe gloriosa que quedó en el pasado; somos participantes de un Reino que avanza aquí y ahora. Y si estamos dispuestos a arriesgar, veremos a Dios hacer lo imposible en nuestra generación.

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe y que es galardonador de los que le buscan.”

Hebreos 11:6

Capítulo uno

LOS RIESGOS DE LA FE

“La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Hebreos 11:1

Crear siempre será un acto riesgoso. La fe nos coloca frente a una paradoja: confiar en lo que no se ve y abrazar promesas que todavía no se han cumplido. El escritor de Hebreos lo define con contundencia, porque su declaración, lejos de ser una fórmula religiosa para recitar en momentos de ánimo, es en realidad una definición que sacude los cimientos de nuestra lógica natural. Nos invita a caminar sobre un terreno donde la vista no guía, sino la voz de Dios; donde la seguridad no se encuentra en lo previsible, sino en lo eterno.

Pero he aquí la tensión: caminar por fe es aceptar un riesgo. El riesgo de abandonar lo conocido para seguir una palabra divina, el riesgo de parecer insensatos ante los hombres, el riesgo de perder seguridades terrenales para abrazar realidades celestiales. La fe nunca fue diseñada para mantenernos cómodos, sino para impulsarnos hacia lo

imposible de realizar con nuestras fuerzas. Lo invisible se convierte en certeza porque Dios lo habló, y Su Palabra se eleva como fundamento más sólido que las circunstancias.

Sin embargo, debemos aclarar que la fe no es un mero optimismo disfrazado de espiritualidad. No consiste en desear intensamente lo que anhelamos y bautizarlo como promesa divina. La fe auténtica nace de la voz de Dios. **Romanos 10:17** lo recuerda con precisión: *“La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”*.

Este principio nos libra del error de confundir caprichos con promesas. No corremos riesgos en base a nuestros deseos, sino en base a lo que Dios ha hablado. El riesgo de la fe no es temerario, sino obediente; no se fundamenta en sueños humanos, sino en la voz infalible del Creador. Esto implica observar riesgos desde nuestra limitada naturaleza, pero saber que lo que para el “yo” es un riesgo, en Cristo es absoluta seguridad. Es ahí donde radica nuestro desafío.

Cuando Noé recibió la instrucción de construir un arca en medio de una tierra seca, no estaba respondiendo a un deseo personal. La Escritura dice que *“por la fe, Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor reverente construyó el arca”* (Hebreos 11:7). Su obediencia fue un riesgo frente al ridículo de sus contemporáneos, un riesgo frente a décadas de trabajo arduo sin una señal inmediata, un riesgo frente a la incertidumbre

del futuro. Sin embargo, ese riesgo valió la pena, porque fue la única vía de salvación para él y su familia.

Nosotros tomamos la historia de Noé como algo lógico porque conocemos el final. Sin embargo, debemos recordar que en aquella época nunca había llovido, y que Dios no envió al patriarca a edificar un arca en un astillero a orillas del mar Egeo, sino en medio del desierto. Esto seguramente expuso a Noé y a su familia a la burla de la sociedad de su tiempo.

¿Qué hubiera pasado si Noé, evaluando los riesgos de que en realidad no lloviera, se hubiese negado a trabajar en un diseño tan extravagante? Claro que había riesgos: tal vez, después de cien años de trabajo, todo perdería sentido. Tal vez el arca, por ser tan enorme, no flotaría; posiblemente el peso y los movimientos de tantos animales la volverían inestable. Tal vez semejante embarcación no soportaría las olas, tal vez no alcanzaría la comida para tantos animales, o tal vez la lluvia no se detendría a tiempo...

Ciertamente los riesgos fueron grandes, pero lo que dio sentido a tanto trabajo fue que todo había surgido de Dios. Los riesgos que valen la pena no son los que nacen en nuestro corazón, sino los que provienen de una Palabra que sale de la boca de Dios. Eso es lo único que activa la fe.

De igual modo, Abraham escuchó la voz que lo llamaba a dejar su tierra y su parentela. No recibió un mapa ni un itinerario detallado, sino una orden divina: ***“Vete de tu***

tierra y de tu parentela... a la tierra que te mostraré” (Génesis 12:1). Sin embargo, la fe lo impulsó a salir sin saber a dónde iba, enfrentando la incertidumbre de lo desconocido. Cada paso era un riesgo, pero cada paso lo acercaba al cumplimiento de la promesa de ser padre de naciones.

Es cierto que el Señor no solo le ordenó salir de su tierra y de su parentela, sino que también le dio extraordinarias promesas. Y al final, eso es lo que dio sentido a todo riesgo. Cuando Dios nos da una orden, siempre habrá una bendición que la respalde. No digo esto porque sea lo que debemos buscar, sino porque es un principio del Reino.

Abraham no vio el nacimiento de la nación de Israel ni el cumplimiento de todas las promesas terrenales de Dios mientras estuvo vivo. Él esperaba la ciudad de cimientos sólidos y la bendición sobre todas las familias. Algunas cosas se produjeron con los años y otras aún están por cumplirse. De hecho, cada persona que recibe la gracia de la regeneración pasa a ser una estrella más prometida al patriarca.

José también fue un hombre que enfrentó los riesgos de la fe en medio de las injusticias de su vida. Sus sueños no fueron producto de su imaginación juvenil, sino revelaciones de Dios. Sin embargo, creer en esos sueños le costó ser vendido, encarcelado y olvidado. Humanamente, esto podía parecer un fracaso, pero espiritualmente sabemos que José estaba siendo preparado para un plan mayor.

El riesgo de confiar en la fidelidad de Dios lo condujo al lugar de autoridad donde sería instrumento de salvación para muchos. Pero no podemos negar que, en algunos días, debió ser visitado por la duda o la incertidumbre. Los riesgos del Reino no están exentos de pruebas ni de temores. Sin embargo, podemos tener la certeza de que valen la pena.

El apóstol Pablo afirmó: ***“Lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”*** (1 Corintios 1:25). La fe, con sus aparentes riesgos, nos introduce en esta paradoja: lo que parece irracional ante la lógica natural se convierte en la estrategia de Dios para manifestar Su gloria. El riesgo es el camino de la obediencia, y la obediencia es la plataforma de los milagros.

Hoy no construimos arcas de madera, ni dejamos tierras patriarcales en busca de Canaán, ni nos enfrentamos a sistemas poderosos de gobierno. Pero el llamado de la fe sigue siendo el mismo: arriesgar por obediencia. Arriesgar reputación, comodidad, proyectos personales y planes predecibles para caminar detrás de la voz del Buen Pastor.

Nuestra generación necesita hombres y mujeres que, como los héroes de la fe, se atrevan a creer que lo invisible tiene más peso que lo visible, y que los riesgos de la fe son en realidad inversiones vinculadas con la eternidad. Inversiones que, por cierto, tienen grandes recompensas.

Si la fe es certeza en lo invisible, también es confrontación con lo natural. El apóstol Pablo declara que ***“el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender”*** (1 Corintios 2:14). Esa incompreensión del mundo hacia la fe no es un fenómeno moderno, sino una constante en la historia. La lógica humana se escandaliza ante las propuestas divinas, porque el lenguaje del Espíritu desafía la lógica de la carne.

A los ojos de su generación, Noé seguramente fue visto como un fanático obsesionado con una tormenta inexistente. Abraham, como un anciano desarraigado persiguiendo un espejismo. José, como un muchacho esclavo traicionado por su propia familia. Pero a los ojos de Dios, ellos fueron hombres que aceptaron el riesgo de la fe y, al hacerlo, se convirtieron en protagonistas de la manifestación eterna del Reino.

Aquí radica la esencia: obedecer siempre conllevará riesgos. El riesgo de que otros nos malinterpreten. El riesgo de enfrentar pérdidas visibles mientras se espera una ganancia invisible. El riesgo de ser tildados de insensatos mientras avanzamos hacia un propósito eterno. Pero obedecer con fe, aun en medio de tales riesgos, siempre abre las puertas a la intervención divina. La fe se demuestra no en teorías, sino en decisiones concretas que revelan hasta qué punto confiamos en lo que Dios habló.

Recuerdo el primer tiempo de mi conversión: fue maravilloso en lo espiritual, pero tormentoso en lo natural. Lo que me ocurrió con Dios en ese tiempo fue realmente hermoso, pero mi entorno no podía comprender tal situación. Hoy, al mirar atrás, me parece lógica la reacción de ellos, porque mi cambio fue muy contundente; pero en esa época, desde mi posición, todo resultaba bastante traumático: me sentía incomprendido por la gente que amaba y, al mismo tiempo, absolutamente desafiado por Dios.

En esa etapa, determiné asumir el riesgo de ignorar todas las advertencias de mi entorno, incluso la pérdida de amigos, clientes y afectos. Luego acepté el ministerio, vendí mi negocio y, sin ninguna agenda de actividades, obedecí a Dios en la directiva de trabajar a tiempo completo para Él. Eso fue una locura para todos, y debo confesar que también lo parecía para mi alma. Pero no pude dejar de asumir el riesgo, porque había escuchado claramente a Dios.

Los riesgos de Dios pueden ser incomprensiblemente lógicos para el espíritu, pero verdaderamente insensatos para el alma. Tal vez por eso es necesaria la fe. Es como si nuestro ser se dividiera en dos: por un lado, nuestro espíritu se siente excitado, emocionado y lleno de gozo por los pasos de fe que estamos dispuestos a dar; pero, por otro, nuestra mente nos repite que todo es una locura y que nada tiene fundamentos sólidos capaces de otorgarnos seguridad.

En la práctica, debemos preguntarnos: ¿qué riesgos nos está invitando Dios a asumir hoy? Tal vez no se trate de

construir un arca, sino de edificar una familia fundamentada en Cristo en medio de una cultura que desprecia el matrimonio. Tal vez no implique dejar la tierra natal, sino abandonar la comodidad espiritual para abrazar el llamado misionero en nuestra propia ciudad. Tal vez no signifique enfrentar la posibilidad de gobernar Egipto, pero sí desafiar estructuras injustas, resistir tentaciones culturales y alzar la voz por la verdad cuando es más fácil guardar silencio.

Nuestra generación enfrenta riesgos distintos, pero no menos significativos: arriesgar la aprobación de los hombres para sostener convicciones bíblicas en tiempos de relativismo. Arriesgar estabilidad económica para obedecer un llamado ministerial. Arriesgar comodidad para servir a los necesitados, al marginado, al quebrantado. Cada paso de fe sigue teniendo un precio, pero también una recompensa que trasciende lo terrenal.

Jesús mismo advirtió: ***“El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Marcos 8:35).*** Aquí se revela el misterio del riesgo de la fe: lo que parece pérdida se transforma en ganancia; lo que parece riesgo es, en realidad, la puerta a la vida abundante. Aferrarse a la seguridad de este mundo conduce a la ruina; abrazar el riesgo de la fe abre las puertas del Reino.

Y es aquí donde debemos detenernos a reflexionar: el mayor peligro no es arriesgar por obedecer, sino negarse a creer y permanecer pasivos. Los héroes de la fe que menciona

Hebreos once son recordados no porque vivieron vidas tranquilas y predecibles, sino porque arriesgaron, obedecieron y confiaron contra toda esperanza. Ellos nos señalan un camino: el riesgo es parte del ADN de la fe, y sin riesgo no hay obediencia genuina.

Hoy en día, Dios sigue llamando a su Iglesia a caminar por fe y no por vista (**2 Corintios 5:7**). El llamado no es a una vida segura según los parámetros humanos, sino a una vida segura en las manos de Aquel que sostiene todas las cosas. Nuestra fe no se fundamenta en lo incierto, sino en el Dios inmutable que nunca falla. Los riesgos de la fe no son saltos al vacío, sino pasos hacia el cumplimiento de su voluntad eterna.

La invitación sigue vigente: arriesgar lo temporal para ganar lo eterno, arriesgar la comodidad para abrazar la misión, arriesgar la opinión de los hombres para permanecer fieles a la voz de Dios. Esos son los riesgos que valen la pena, los que escriben historias que el cielo aplaude y que el mundo, tarde o temprano, reconocerá como testimonio de que Dios es real y digno de confianza.

“Examinense para ver si están en la fe; pruébense a sí mismos. ¿No se dan cuenta de que Cristo Jesús está en ustedes? ¡A menos que fracasen en la prueba!”

2 Corintios 13:5



Capítulo dos

LOS PELIGROS DE NO CORRER RIESGOS

“No se contenten solo con escuchar la palabra, pues así se engañan ustedes mismos. Llénenla a la práctica.”

Santiago 1:22

Si la fe siempre implica riesgos, entonces rehusarse a correrlos también trae consecuencias. La pasividad espiritual, esa tendencia a evitar los desafíos que Dios nos plantea, puede parecer prudencia o incluso sensatez, pero en realidad es uno de los mayores peligros para el alma. La fe que no se ejercita muere lentamente, y el creyente que no arriesga por obedecer se condena a una vida de mediocridad, esterilidad e incredulidad.

La Escritura nos recuerda que Dios no nos llamó a la neutralidad. Jesús fue tajante al afirmar: *“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama”* (Mateo 12:30). No hay lugar para terrenos intermedios. La pasividad, aunque se disfrace de prudencia, en realidad es desobediencia encubierta. El costo de no arriesgarse es perder la oportunidad de participar en los

propósitos divinos, de ver milagros, de ser parte de la historia que Dios está escribiendo.

Israel en el desierto es un ejemplo contundente de lo que significa rehusarse a correr riesgos. Cuando Dios los sacó de Egipto, los condujo hacia una tierra prometida; pero al borde de la conquista prefirieron escuchar la voz del miedo en lugar de la voz de la fe. Diez espías regresaron con un informe lleno de incredulidad: ***“La tierra ciertamente es buena, pero los gigantes son más fuertes que nosotros”*** (Números 13:31).

Frente a esa visión, el pueblo se llenó de temor y eligió retroceder. El resultado fue trágico: cuarenta años vagando sin propósito, dando vueltas en el desierto, hasta que esa generación incrédula quedó sepultada en la arena. La falta de fe les costó la tierra prometida, y su negativa a arriesgarse los condenó a la esterilidad. Al final, toda pasividad espiritual, después de una directiva divina, nos termina metiendo en peligros mayores.

Este relato nos advierte que negarse a arriesgar no solo detiene nuestro avance personal, sino que también retrasa el cumplimiento de los planes de Dios en una generación. El miedo a correr riesgos puede hacer que perdamos oportunidades irrepetibles, puertas que, una vez cerradas, ya no vuelven a abrirse. Israel pudo haber entrado en la tierra en pocos días, pero la pasividad los ató por décadas.

David también nos ofrece un ejemplo, pero desde otra perspectiva. El rey guerrero, que tantas veces se había lanzado con valentía a las batallas del Señor, en una ocasión eligió la comodidad de quedarse en casa. El texto lo dice con precisión: ***“Aconteció al año siguiente, en el tiempo en que salen los reyes a la guerra, que David envió a Joab, y con él a sus siervos y a todo Israel; pero David se quedó en Jerusalén”*** (2 Samuel 11:1).

Fue en esa pasividad, en ese tiempo donde no quiso arriesgarse a salir a la batalla, que cayó en el pecado con Betsabé. Y, tratando luego de encubrir su maldad, se convirtió en el autor intelectual del crimen de un soldado fiel, como lo fue Urías el heteo. Es cierto que, a simple vista, guardar la vida del rey podía sonar como un acto de prudencia; pero ¿acaso no fue Dios quien siempre guardó a David? ¿En algún lugar Dios le indicó que no saliera a la batalla?

El costo de no correr el riesgo de obedecer fue mucho más alto que cualquier herida en el campo de guerra. La pasividad espiritual puede tener cara de inocente, pero ciertamente es muy perjudicial. Convengamos que es fácil excusarnos ante los desafíos de la fe con razones aparentemente convenientes y lógicas.

Cuando evitamos los riesgos de la fe, terminamos cayendo en peligros mayores: apatía espiritual, esclavitud al pecado, incredulidad que endurece el corazón. Una vida sin riesgos espirituales se vuelve cómoda, pero vacía; segura,

pero estéril; tranquila, pero incapaz de producir fruto para el Reino. El costo de la pasividad no siempre se percibe de inmediato, pero a largo plazo deja huellas profundas en el alma.

En contraste, la Escritura nos invita a discernir entre los riesgos vanos y los riesgos que valen la pena. No todo riesgo es sabio. Hay quienes arriesgan su vida por vanidades, por ambiciones pasajeras, por placeres efímeros. Pero esos riesgos no edifican, solo destruyen. En cambio, los riesgos de la fe siempre tienen sentido, porque son la respuesta a la voz de Dios. Perderlo todo por obedecer a Cristo nunca es una pérdida real, sino una inversión en la eternidad.

Lamentablemente, los conceptos erróneos de la fe llevan a muchos cristianos, hoy en día, a tomar decisiones arriesgadas en busca de diseños personales. Creen que, como Dios desea lo mejor para sus hijos, todo proyecto de progreso cuenta automáticamente con Su aprobación. Así, sin pedir dirección, se embarcan en riesgos que no valen la pena.

El apóstol Pablo lo entendió bien cuando dijo: ***“Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7).*** A sus ojos humanos, había arriesgado prestigio, comodidades, posición y reputación. Pero a los ojos espirituales, había ganado lo incomparable: el conocimiento de Cristo y la gloria de participar en su misión. Esa es la diferencia entre los riesgos vanos de este mundo y los riesgos necesarios del Reino.

Hoy, como ayer, el mayor peligro de la Iglesia no es la oposición del mundo ni las pruebas externas, sino la tentación de vivir sin riesgos, de instalarse en la comodidad de la pasividad espiritual. El cristiano que no arriesga deja de ser sal y luz; pierde su propósito y, aunque conserve una apariencia de piedad, su vida carece de poder. El costo de no correr riesgos no solo es personal, sino también colectivo: comunidades enteras se vuelven irrelevantes cuando ya no están dispuestas a arriesgarse por obedecer al Señor.

La vida cristiana no se puede vivir desde la neutralidad. Cada paso de fe exige una decisión, y cada decisión involucra un riesgo. No arriesgarse es, en última instancia, elegir la incredulidad. Jesús mismo relató la parábola de los talentos para enseñar este principio.

Aquel siervo que escondió su talento en la tierra lo hizo por miedo: ***“Señor, te conocía que eres hombre duro... y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra” (Mateo 25:24 y 25).*** Él pensó que estaba siendo prudente, pero el Maestro lo llamó ***“siervo malo y negligente” (Mateo 25:26).*** El verdadero peligro no estaba en arriesgar, sino en no hacerlo. Su pasividad fue condenada porque revelaba incredulidad, desconfianza y esterilidad.

Este pasaje nos deja una advertencia seria: cuando no nos arriesgamos a invertir lo que Dios nos ha dado, corremos el peligro de perderlo. El Reino no avanza con manos temerosas que entierran sus dones, sino con corazones valientes que confían en la fidelidad del Señor. No

arriesgarse por fe es como cerrar la puerta al fluir del Espíritu, como estancar un río que fue diseñado para correr.

Hoy en día, también vemos cómo muchos creyentes se refugian en la comodidad de la pasividad. Prefieren una vida cristiana sin riesgos, sin confrontaciones, sin obediencias incómodas. Pero ese “cristianismo seguro” termina siendo un espejismo. Una vida sin riesgos espirituales termina marchitándose en la mediocridad. Pierde la pasión de servir, se conforma con asistir, se acostumbra a escuchar sin obedecer. Y lo más trágico: esa vida comienza a endurecerse hasta el punto de que la voz de Dios ya no la conmueve.

El costo de no correr riesgos no se paga de inmediato, pero con el tiempo se vuelve evidente. Una iglesia que evita los riesgos de la fe pierde su impacto en la sociedad; se convierte en una institución más, irrelevante y apagada. Un creyente que nunca se atreve a obedecer más allá de su comodidad pierde sensibilidad espiritual, vive un cristianismo superficial y finalmente cae en la incredulidad. El autor de Hebreos nos advierte:

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo.”

Hebreos 3:12

Podemos pensar que jugar “a lo seguro” nos libra de problemas, pero la realidad es que esa supuesta seguridad trae pérdidas más profundas. Israel, al negarse a entrar en la tierra

prometida, creyó que evitaba el riesgo de enfrentar gigantes. Pero, en verdad, perdió la oportunidad de habitar en la plenitud de las promesas de Dios. David, al quedarse en su palacio, creyó que evitaba el riesgo de la guerra. Pero, en realidad, se expuso al riesgo más devastador: el del pecado que mancha la vida y quebranta el corazón.

Lo mismo ocurre hoy. El que rehúsa arriesgarse a proclamar el evangelio pierde la oportunidad de ver almas alcanzadas. El que rehúsa arriesgarse a entregar su vida al servicio pierde la oportunidad de participar en la obra del Reino. El que rehúsa arriesgarse a confiar en Dios con sus recursos pierde la oportunidad de experimentar su provisión sobrenatural. No arriesgarse es, en realidad, perder mucho más de lo que pensamos.

La fe que no se arriesga termina siendo una fe muerta. Santiago lo dice con claridad: ***“La fe sin obras es muerta”*** (Santiago 2:26). Y esas obras muchas veces son decisiones que implican riesgo, porque obedecer nunca es cómodo, nunca es predecible, nunca es seguro según los estándares humanos. Pero esa es la esencia de la fe: creer, obedecer, avanzar y confiar.

Por eso, el llamado de este tiempo es a despertar del letargo espiritual. El Espíritu Santo nos está sacudiendo para que comprendamos que no hay tiempo para vidas pasivas, que el Reino requiere hombres y mujeres dispuestos a arriesgarse. No se trata de buscar riesgos por sí mismos, sino de obedecer a Dios aun cuando la obediencia implique

riesgos. La pregunta no es si habrá riesgos, sino si estamos dispuestos a enfrentarlos con fe.

Hoy, más que nunca, necesitamos comprender que los riesgos de la fe son los únicos que realmente valen la pena. Los riesgos vanos de este mundo consumen fuerzas y destruyen, pero los riesgos del Reino producen fruto eterno. Quedarse inmóvil, en cambio, siempre traerá pérdidas. El Señor sigue buscando corazones dispuestos a confiar, a obedecer y a arriesgar, porque solo así el mundo podrá ver a Cristo reflejado en su Iglesia.

Por último, quiero mencionar un caso que considero muy interesante. En **2 Reyes 4**, vemos que una mujer acudió a Eliseo por ayuda diciendo: ***“Tu siervo mi marido ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso de Jehová; y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos.”***

Aquí vemos la actitud desesperada de una mujer que no solo enviudó, sino que se encontró con una gran deuda que, para ella, era ciertamente impagable. Sabía que, si no podía cumplir, sus hijos serían tomados como esclavos en pago.

Lo revelador es que la mujer afirma que su marido había sido un siervo temeroso de Dios, y que Eliseo lo conocía muy bien. Sin embargo, a pesar de ser un siervo del Señor y de tener un vínculo con el profeta, fue un hombre incapaz de administrar con prudencia sus bienes. En lugar de

dejar una vida próspera a su esposa o, al menos, sin deudas, dejó embargada hasta a la próxima generación.

La Biblia no explica por qué este hombre nunca buscó una palabra profética de parte de Eliseo. Es evidente que nunca pidió ayuda ni activó su fe para cambiar sus circunstancias. Su esposa, en cambio, hizo todo lo contrario: buscó una palabra y se arriesgó en la fe. Eliseo le dijo:

“Ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego, y enciérrate tú y tus hijos; y echa en todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte... Ve y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quede.”

2 Reyes 4:3 y 4, 7.

Esta mujer no se quedó en su casa lamentándose de cómo sus acreedores le quitarían a sus hijos. Hizo lo que su marido no hizo: buscó ayuda en el profeta de Dios, quien no le dio dinero, sino una palabra de parte del Señor. Y esa palabra fue suficiente para activar su fe. Se arriesgó al ridículo, a lo ilógico, a lo sobrenatural.

No solo tuvo una gran actitud, sino que también involucró a sus hijos en la acción de fe. Buscaron juntos todas las vasijas posibles y, con esa acción de obediencia, pagó la deuda y salvó a sus hijos. En realidad, pudo haberse enojado por la absurda idea del profeta, pudo ignorar la palabra y quedarse pasivamente en su casa. Pudo elegir no correr

ningún riesgo. Pero se la jugó por su vida, por su casa y por sus hijos, y al final obtuvo tremendos resultados.

Amados hermanos, nosotros no necesitamos pedirle cosas a Dios; lo que debemos anhelar con desesperación es una palabra que salga de Su boca. Eso es todo lo que necesitamos. Luego debemos saber que la palabra enciende la fe, y que la fe demanda nuestras acciones. Y déjenme asegurarles: Dios también está buscando hijos que le crean, hijos que busquen con fe una palabra de autoridad.

Si me preguntan como ministro, creo que hoy en día la Iglesia está demasiado cómoda, demasiado pasiva. Creo que ha llegado el tiempo de que se levante una generación de fe, una generación de personas que dejen de pedir cosas desde la comodidad de su casa, desde la pasividad espiritual, y se levanten en fe, actuando de manera naturalmente loca, pero espiritualmente sabia. Entonces, les puedo asegurar que veremos manifestada la gloria de Dios.

“Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible.”

Marcos 9:23



Capítulo tres

EL ESPÍRITU SANTO COMO IMPULSOR DE RIESGOS

*“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios,
estos son hijos de Dios.”*

Romanos 8:14

La vida cristiana no puede entenderse sin la obra del Espíritu Santo. Desde el inicio, Él ha sido el motor que impulsa a los creyentes a caminar más allá de sus limitaciones, a obedecer más allá de su lógica y a arriesgarse más allá de su seguridad humana. El Espíritu no vino a hacernos cómodos, sino a hacernos valientes; no vino a instalarnos en la rutina, sino a lanzarnos al desafío de la misión.

Cuando Jesús prometió el Espíritu a sus discípulos, no les dijo que recibirían un consuelo que los mantendría protegidos del riesgo. Les aseguró: ***“Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos” (Hechos 1:8)***. Ese poder no era para vivir tranquilos en Jerusalén, sino para salir, predicar, testificar y arriesgar la vida misma por la causa del evangelio. La

primera evidencia del Espíritu Santo en la Iglesia primitiva no fue comodidad, sino osadía.

Pentecostés marcó un antes y un después. Aquellos hombres que antes se escondían por miedo salieron a proclamar a Jesús en las calles. Pedro, que había negado al Maestro por temor a una criada, se puso de pie frente a multitudes para declarar que Cristo había resucitado. ¿Qué fue lo que cambió? No cambió la hostilidad del mundo, no cambiaron las amenazas, no cambió la posibilidad de persecución. Lo que cambió fue que el Espíritu Santo los llenó de un poder que los impulsó a correr riesgos.

El libro de los Hechos está lleno de ejemplos de este impulso. Los apóstoles arriesgaron reputación, estabilidad y hasta su vida, porque el Espíritu los empujaba hacia adelante. Cuando fueron encarcelados y azotados por predicar en el nombre de Jesús, lejos de desanimarse, salieron gozosos por haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por el evangelio (**Hechos 5:41**). Allí comprendemos que el Espíritu Santo no elimina los riesgos, sino que transforma nuestro corazón para enfrentarlos con gozo y valentía.

El Espíritu habla, guía y confronta. Él nos revela la Palabra y la aplica de manera personal. Muchas veces Su voz nos lleva a lugares donde jamás hubiéramos ido por iniciativa propia. Felipe, guiado por el Espíritu, fue conducido al desierto para encontrarse con un etíope (**Hechos 8:26 al 29**). El apóstol estaba viviendo un movimiento glorioso del Espíritu, pero de pronto fue movido hacia el sur, por el

camino que desciende de Jerusalén a Gaza, un lugar desierto, con la sola misión de hablarle a un eunuco desconocido. Esto debió ser algo desafiante y extraño, pero Felipe obedeció, confiando en el poder del Espíritu.

Otra misión extraordinaria fue la de Ananías, quien fue enviado por el Señor a orar por Saulo de Tarso. Temiendo por lo que sabía de él, respondió: ***“Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre”*** (Hechos 9:13 y 14). Y es lógico: ¿quién podría aceptar fácilmente una orden en la que Dios enviara a orar por un asesino de cristianos?

Sin embargo, Ananías obedeció al Espíritu Santo y, empoderado por Él, se convirtió en un instrumento para que aquel perseguidor se transformara en el gran apóstol Pablo. Este tipo de obediencias conllevaban grandes riesgos, pero también abrían la puerta a la manifestación gloriosa del Reino.

Resistirse a la voz del Espíritu por miedo al cambio o por temor a los riesgos siempre produce pérdidas. Cuando Él nos impulsa y retrocedemos, perdemos oportunidades de obedecer, de ser usados y de experimentar Su poder. El Espíritu no nos fue dado para vivir en piloto automático, sino para caminar en dependencia, discerniendo cada paso y atreviéndonos a obedecer aun cuando todo parezca incierto.

El apóstol Pablo encarna esta realidad como pocos. Su vida fue un despliegue de riesgos inspirados por el Espíritu. Desde el momento de su conversión, el Espíritu le mostró ***“cuánto le era necesario padecer por el nombre de Cristo”*** (Hechos 9:16). Y lejos de huir, abrazó ese llamado con valentía. Cada viaje misionero era un riesgo, cada ciudad nueva era un desafío, cada predicación era una posibilidad de persecución. Sin embargo, él podía declarar:

“Impulsado por el Espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio de que me esperan prisiones y tribulaciones.”

Hechos 20:22 y 23

Pablo entendía que los riesgos eran parte de la obediencia, porque el Espíritu mismo lo empujaba hacia adelante. Esto puede parecer una locura para quienes no han experimentado esa sensación gloriosa, pero quienes la hemos vivido sabemos que es como si nos convirtiéramos en otras personas: atrevidas, valientes, seguras y capaces. Ciertamente es una experiencia maravillosa.

Pablo también fue apedreado por predicar el evangelio del Reino. En el libro de los hechos se narra que una multitud en Listra, incitada por líderes religiosos judíos de Antioquía e Iconio, lo apedreó. Después arrastraron a Pablo fuera de la ciudad y lo dieron por muerto. Sin embargo, lo extraordinario es lo que sucedió después:

“Habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto. Pero rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad; y al día siguiente salió con Bernabé para Derbe. Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía...”

Hechos 14:19 al 21

Esto es admirable. Pablo no murió, aunque sin duda quedó maltrecho por semejante violencia. Sin embargo, en lugar de huir, siguió adelante con su misión: anunció el evangelio, hizo muchos discípulos y luego continuó con su viaje misionero. Este testimonio es una muestra clara del impulso interior del Espíritu Santo.

En definitiva, una vida llena del Espíritu Santo siempre será una vida arriesgada. No porque busque el peligro en sí mismo, sino porque seguir al Espíritu nos lleva a territorios desconocidos, a decisiones que incomodan, a pasos de fe que exigen valentía. El Espíritu nos libera del miedo paralizante y nos da el poder de confiar en que, aunque los riesgos sean reales, Dios está con nosotros en medio de ellos.

El libro de los Hechos no es una crónica de creyentes cautelosos, sino el relato de una Iglesia arriesgada, impulsada por el Espíritu Santo a desafiar la cultura, la religión establecida y hasta los poderes del imperio. Cada página está marcada por decisiones que, humanamente, parecían locuras, pero que en el plan de Dios eran la vía para que el evangelio se expandiera hasta lo último de la tierra.

Cuando Pedro y Juan fueron llevados ante el concilio por sanar al cojo en la puerta del templo, se les prohibió hablar en el nombre de Jesús. Su respuesta fue clara y osada: ***“Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios”*** (Hechos 4:19). El riesgo de la cárcel estaba presente, la amenaza era real, pero el impulso del Espíritu los hacía priorizar la obediencia a Dios antes que el temor a los hombres.

La Iglesia primitiva entendía que la fe sin riesgo se volvía estéril. Por eso oraban de una manera que hoy nos resulta desafiante: ***“Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo desnudo hablen tu palabra”*** (Hechos 4:29). No pedían ser librados del riesgo, pedían ser fortalecidos para enfrentarlo. Y la respuesta del cielo fue contundente: ***“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con desnudo la palabra de Dios”*** (Hechos 4:31). El Espíritu no elimina el riesgo, lo convierte en oportunidad para que Cristo sea glorificado.

Esta dinámica sigue siendo la misma en nuestros días. El Espíritu Santo no nos llama a una vida de confort espiritual, sino a una vida de fe que incomoda. Nos impulsa a hablar cuando preferiríamos callar, a dar cuando preferiríamos guardar, a servir cuando preferiríamos descansar, a salir cuando preferiríamos quedarnos. Cada paso en obediencia al Espíritu conlleva riesgos, pero también abre la puerta a experiencias sobrenaturales.

El mayor obstáculo, entonces, no es la hostilidad del mundo, sino nuestra resistencia interna a los impulsos del Espíritu. Muchas veces nos aferramos a la seguridad de lo conocido, a lo que podemos controlar, y así sofocamos la voz del Espíritu. Resistir sus impulsos por miedo al cambio nos roba la posibilidad de crecer, de ver milagros y de ser parte de la obra que Él está realizando. Una vida sin riesgos espirituales es, en realidad, una vida sin dependencia del Espíritu.

Por eso, Pablo exhorta: ***“No apaguéis al Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19)***. Apagar al Espíritu no siempre es un rechazo explícito; muchas veces es simplemente quedarse en la pasividad: no obedecer, no arriesgar, no dar el paso que Él nos está indicando. El costo de apagar al Espíritu es perder la frescura de su guía y quedarnos atrapados en un cristianismo inerte.

En contraste, cuando cedemos al impulso del Espíritu, descubrimos una vida cristiana vibrante y poderosa. Pablo pudo declarar: ***“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13)***, no porque estuviera libre de peligros, sino porque aprendió a vivir fortalecido en medio de ellos. La valentía de la Iglesia primitiva, el gozo en medio de las persecuciones, la osadía de los misioneros que llevaron el evangelio hasta los confines de la tierra, todo ello fue fruto de una vida guiada por el Espíritu Santo.

Hoy en día, el Espíritu sigue impulsando a la Iglesia a correr riesgos santos. Nos llama a predicar en un mundo que

relativiza la verdad, a servir en una sociedad que glorifica el egoísmo, a vivir en santidad en medio de una cultura corrompida. Nos empuja a arriesgar nuestra reputación por proclamar a Cristo, a arriesgar comodidad por abrazar la misión, a arriesgar seguridad por extender el Reino. El Espíritu Santo es el motor que mantiene viva la osadía de la fe, y es por eso que debemos buscar una profunda comunión con Él.

El desafío para nosotros es escuchar Su voz y atrevernos a obedecer. El riesgo en lo natural no desaparecerá, pero la presencia del Espíritu nos asegura que no caminamos solos. Cada paso que demos en fe, Él lo acompañará con su poder. Y, al final, descubriremos que los riesgos que asumimos por obedecer, en realidad son siempre el camino más seguro, porque nos mantienen en el centro de la voluntad de Dios.

***“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el
Espíritu”.***

Gálatas 5:25



Capítulo cuatro

LOS RIESGOS DE CREER EN LO IMPOSIBLE

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Hebreos 11:1

Creer siempre ha sido un salto hacia lo desconocido. No se trata simplemente de aceptar una idea o de suscribir un credo, sino de caminar sobre un terreno donde los ojos no alcanzan a ver y donde la lógica humana tropieza con sus propios límites. La fe, en su esencia más pura, es la osadía de confiar en un Dios que no se ata a las categorías de la razón ni a los cálculos de las probabilidades.

El riesgo de creer en lo imposible es la médula del caminar cristiano. Dios no se complace en lo que el hombre puede resolver con sus fuerzas; Él se glorifica en lo que solo puede cumplirse por medio de Su poder. Cuando Él llama, no lo hace para llevarnos a una tierra conocida, sino a territorios donde la única brújula es la confianza en Su palabra. Quien elige creer en lo imposible se expone a las burlas de una

sociedad que idolatra la lógica, pero también se abre a la posibilidad de experimentar lo sobrenatural.

La historia de Sara nos recuerda este principio. El relato de **Génesis 18** nos muestra a una mujer marcada por la infertilidad, cuya edad avanzada ya había sellado cualquier expectativa de maternidad. Cuando el Señor le anuncia que tendría un hijo, su risa irónica revela la batalla interna entre la promesa divina y la crudeza de su realidad.

Sin embargo, esa misma risa se transformaría en testimonio cuando Isaac nació, porque lo imposible se hizo carne en su vientre. La pregunta del Señor resuena a lo largo de los siglos: *“¿Hay para Dios alguna cosa difícil?”* (**Génesis 18:14**). Creer en lo imposible es aceptar que no hay límites para el obrar del Omnipotente, incluso cuando nuestra experiencia personal grita lo contrario.

Pero la fe no solo desafía la esterilidad de un vientre, también confronta la lógica de un corazón de padre que debe entregar lo más amado. Abraham, probado en la cima de su fe, fue llamado a sacrificar a Isaac, el hijo de la promesa (**Génesis 22**). A los ojos de cualquier razonamiento humano, aquel mandato era una contradicción insoportable.

¿Cómo podría Dios pedirle que entregara precisamente al hijo en quien descansaba el futuro del pacto? Sin embargo, Abraham creyó contra toda esperanza, convencido de que Dios era poderoso aún para resucitar a los muertos (**Hebreos 11:19**). El cuchillo alzado sobre el altar no era señal de

frialidad ni de locura, sino de una confianza absoluta en la fidelidad divina. Creer en lo imposible a veces significa caminar hacia el monte Moriah, donde todo lo que somos y todo lo que poseemos es puesto en el altar del “sí” a Dios.

En estas historias aprendemos que el riesgo de creer no consiste en un optimismo ingenuo ni en una autosugestión emocional, sino en la obediencia radical a la palabra de Aquel que no miente. Sara rió porque lo imposible parecía absurdo; Abraham obedeció porque lo imposible parecía contradictorio.

Sin embargo, ambos descubrieron que la fidelidad de Dios trasciende las categorías humanas. La fe auténtica no se aferra a las circunstancias, se aferra al carácter inmutable de Dios. Y quien se atreve a creer en lo imposible se convierte en testigo de que Su poder se perfecciona en la debilidad y Su promesa nunca queda sin cumplimiento.

La fe no se contenta con las palabras; exige acciones que desafían la lógica. Dios llama a hombres y mujeres ordinarios a emprender gestos extraordinarios, no porque ellos sean capaces, sino porque Él se glorifica en la fragilidad de Sus siervos. Moisés lo experimentó cuando se presentó ante Faraón con una simple vara en la mano.

A primera vista, aquel cayado era apenas un trozo de madera, inútil frente a la potencia militar de Egipto. Sin embargo, en las manos de Dios se convirtió en señal de autoridad y vehículo de prodigios. Con esa vara se enviaron

plagas, se partió en dos el Mar Rojo y se golpeó la roca para dar agua al pueblo sediento.

El riesgo de Moisés no fue enfrentar al rey más poderoso de su tiempo con armas de guerra, sino con la fe en la palabra que había escuchado en la zarza ardiente. Lo imposible se volvió real porque un hombre creyó que una vara ungida por Dios era más poderosa que el ejército de la nación, más grande del mundo en esa época (**Éxodo 7 al 14**).

Josué también se enfrentó a lo imposible cuando los muros de Jericó se alzaron como una fortaleza indestructible ante los ojos de Israel. Humanamente, era un absurdo pretender derribar muros con trompetas y gritos. Ningún estrategia militar habría aceptado semejante plan. Pero Josué obedeció a la voz del Señor y, tras siete días de marcha silenciosa, en el momento señalado, el pueblo gritó y los muros cayeron (**Josué 6**).

El riesgo de creer consistió en aceptar un método irracional, sin armas ni arietes, confiando solo en que la obediencia desencadenaría la victoria. Así, los muros se convirtieron en símbolo eterno de que lo imposible no cede ante la fuerza del hombre, sino ante la fidelidad de Dios. Obviamente, leer esta historia en la Biblia nos puede sonar como algo normal. Incluso algunos cristianos dicen: “Como me hubiese gustado estar en un evento como ese”. Sin embargo, debo confesar que no creo que eso haya sido fácil de asumir.

En ocasiones, Dios suele pedirnos algo muy sencillo y aparentemente insignificante, al menos ante semejante proeza como la de Jericó, y sin embargo, algunos hermanos retroceden por miedo a hacer el ridículo o por temor a que no les funcione. ¿Acaso podemos ponernos en la piel de los hebreos y saber a ciencia cierta cómo se habrán sentido en ese momento?

La historia de Gedeón es igualmente reveladora. Dios redujo su ejército de treinta y dos mil hombres convocados a solo trescientos (**Jueces 7**). La lógica humana diría que a mayor número de soldados, mayor probabilidad de victoria. Pero el Señor quería mostrar que la batalla no se gana con la multitud, sino por medio de Su poder.

Los trescientos enfrentaron a un ejército inmenso armado hasta los dientes, llevando apenas trompetas, cántaros y antorchas. El riesgo de creer en lo imposible fue aceptar que la desproporción de fuerzas no significaba derrota, sino la oportunidad de que Dios manifestara Su gloria. Y así fue: los madianitas huyeron aterrorizados ante un pueblo pequeño que confió en un Dios grande.

El Antiguo Testamento nos conduce, paso a paso, hacia una convicción inquebrantable: la fe siempre coloca al creyente en situaciones donde la lógica se derrumba. Esa misma verdad resplandece en los relatos del exilio. Los amigos de Daniel, conocidos como Sadrac, Mesac y Abed-nego, fueron confrontados con una orden inapelable: adorar la estatua de oro erigida por Nabucodonosor. Negarse

significaba ser arrojados a un horno de fuego ardiendo **(Daniel 3)**.

Ante semejante ultimátum, ellos respondieron con palabras que revelan el corazón de quienes creen más allá de lo posible: ***“Nuestro Dios a quien servimos puede librarnos... y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses”*** **(Daniel 3:17 y 18)**. El riesgo de creer en lo imposible no fue solo esperar un milagro, sino permanecer fieles aun cuando la liberación no era segura. Y Dios honró su fe, caminando con ellos en medio del fuego.

Daniel mismo conoció el filo de esa fe al ser arrojado al foso de los leones por permanecer firme en la oración **(Daniel 6)**. Lo imposible, en este caso, no fue tanto sobrevivir a la ferocidad de las bestias, sino sostener la integridad de la fe en un ambiente hostil. Daniel creyó que era mejor morir fiel que vivir en la comodidad de la concesión.

El riesgo de creer en lo imposible lo llevó a una noche rodeada de leones, pero custodiado por ángeles. El silencio de las fauces cerradas proclamó al amanecer que quien se atreve a creer encuentra en Dios un refugio inexpugnable.

Podría dar muchísimos ejemplos, pero ya en el Nuevo Testamento vemos a un Pedro protagonizando una de las escenas más elocuentes sobre el riesgo de creer. En medio de la tormenta, vio a Jesús caminar sobre el agua y se atrevió a

dar un paso fuera de la barca (**Mateo 14:22 al 33**). Mientras sus compañeros permanecían paralizados por el miedo, él decidió arriesgarse a lo imposible.

Su caminar fue breve, pues el temor lo hundió, pero aquel instante bastó para mostrar que la fe verdadera no se limita a contemplar los milagros desde la seguridad de la barca: es una fe que se atreve a caminar en lo imposible con la mirada fija en Cristo. El riesgo de creer no es la perfección de nunca hundirse, sino la valentía de abandonar la comodidad para dar un paso hacia lo sobrenatural.

Todos estos relatos, aunque distantes en tiempo y cultura, convergen en una misma lección: la fe no es un refugio cómodo, es una senda arriesgada donde Dios pide confianza radical. No se trata de desafiar la lógica por capricho, sino de obedecer la voz de Aquel que trasciende la lógica.

El riesgo de creer en lo imposible es, en realidad, el riesgo de obedecer cuando todo invita a desistir. Es la osadía de confiar en que Su promesa es más real que nuestras percepciones, y que Su poder es más firme que cualquier muralla de Jericó. La idea no es tratar de caminar sobre las aguas o derribar muros solo por gritar; el desafío es escuchar la voz de Dios y, ante Su mandato, caminar en obediencia.

Quienes procuren generar milagros, aun con las mejores intenciones, no solo fracasarán, sino que estarán tentando a Dios. Esto fue lo que Jesús le dijo a Satanás

cuando este le propuso arrojarlo desde el pináculo del templo **(Mateo 4:5 al 7)**. Jesús fue muy claro: si el Padre le decía, Él era capaz de hacer cualquier cosa, pero si el Padre no lo indicaba, no estaba dispuesto a provocar nada, y mucho menos si era Satanás quien lo proponía.

Recuerdo ver el video de un predicador que pretendió demostrar a su gente que el Señor nos ha dado autoridad para hollar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y que nada nos hará daño **(Lucas 10:19)**. Entonces, llevó una serpiente venenosa a la reunión y trató de manipularla sin riesgo alguno, pero la serpiente lo picó y terminó muriendo ante su congregación.

Hace poco, un intrépido pastor intentó lo mismo con leones, procurando demostrar el poder y la autoridad espiritual sobre la creación, incluso citando a Daniel en el foso; sin embargo, fue atacado por las fieras y salvado milagrosamente por sus colaboradores. Situaciones como estas nos muestran que no debemos intentar milagros que Dios no ha programado. La verdadera idea de creer en lo imposible es escuchar a Dios y obedecerle de manera radical.

En nuestra vida cotidiana, este riesgo se manifiesta de maneras menos espectaculares pero igualmente profundas. Creer en lo imposible es orar cuando la situación parece irreversible, perdonar cuando todo en nosotros clama venganza, sembrar generosamente aun cuando los recursos parecen escasos, permanecer fiel en un mundo que celebra la infidelidad.

La obediencia radical no siempre se traduce en milagros visibles, pero siempre se traduce en corazones transformados. El verdadero milagro es que Dios forma en nosotros una confianza que supera la lógica humana, y nos lleva a caminar como hijos en un Reino que no se ve, pero es eterno.

El riesgo de creer en lo imposible nos invita, entonces, a levantar los ojos más allá de lo que dicta la razón, a escuchar la voz del cielo aun cuando la tierra grite lo contrario, a abrazar una obediencia que parece insensata a los hombres pero preciosa a Dios. Y al final de la jornada, descubrimos que esos riesgos nunca son en vano, porque el Dios que nos llama es fiel para cumplir lo que ha prometido.

“Por tanto, reconoce que el Señor tu Dios es el único Dios, el Dios fiel, que cumple su pacto por mil generaciones y muestra su fiel amor a quienes lo aman y obedecen sus mandamientos.”

Deuteronomio 7:9



Capítulo cinco

LOS RIESGOS DE HABLAR CUANDO TODOS CALLAN

“Sean fuertes y valientes. No teman ni se asusten ante esas naciones, pues el Señor su Dios siempre los acompañará; nunca los dejará ni los abandonará.”

Deuteronomio 31:6

Hay silencios que salvan, y hay silencios que condenan. El silencio prudente puede ser sabiduría, pero el silencio cómplice se convierte en traición. A lo largo de la historia bíblica, Dios levantó voces que interrumpieron el murmullo cómodo de la multitud, y quebraron la aparente paz de sociedades adormecidas en su pecado.

Esas voces fueron llamadas proféticas, y la tarea de quienes las pronunciaron nunca fue fácil. Hablar en nombre de Dios en medio de un pueblo endurecido y de autoridades corruptas siempre implicó un riesgo: el riesgo de ser despreciados, perseguidos, encarcelados y hasta asesinados. Pero también fue el riesgo que mantuvo viva la verdad en medio de la mentira y encendió luces en medio de tinieblas.

La voz profética nunca es bienvenida en una cultura que ha decidido callar. Allí donde reina la injusticia, donde los poderosos imponen su relato y donde el pecado es celebrado como virtud, hablar se convierte en un acto de subversión.

El profeta no habla por sí mismo, sino que se convierte en portavoz del Dios que no se deja silenciar. Su palabra incomoda porque desvela lo que todos prefieren ocultar; desenmascara ídolos, derriba máscaras y confronta realidades que la sociedad ha normalizado. Por eso, la voz profética siempre implica riesgo. Y, sin embargo, es un riesgo que vale la pena correr.

El profeta Isaías lo sabía muy bien. Su llamado comenzó con una visión del trono celestial (**Isaías 6**), donde contempló la gloria de Dios y, al mismo tiempo, la ruina de su propio pecado. Allí entendió que quien contempla la santidad de Dios no puede callar ante la corrupción de su pueblo. Isaías habló de un Dios que aborrece sacrificios vacíos, de un Señor que exige justicia en lugar de rituales, y misericordia en lugar de religiosidad muerta.

Sus palabras atravesaron las generaciones porque no se limitaron a describir el presente, sino que anunciaron la venida del Mesías, el Siervo sufriente que cargaría con el pecado de todos. Hablar de Cristo siglos antes de Su encarnación fue un acto de fe y de valentía. Isaías arriesgó su vida y su reputación, pero su voz se convirtió en un eco eterno del corazón de Dios.

Jeremías, en cambio, cargó con el apodo del “profeta llorón”, no porque le faltara valentía, sino porque el peso de su mensaje lo desgarraba por dentro. Llamado desde su juventud, se enfrentó a reyes, sacerdotes y falsos profetas que preferían mensajes de prosperidad y bienestar. Mientras todos hablaban de paz, Jeremías proclamaba juicio; mientras otros aseguraban seguridad, él advertía sobre una futura destrucción.

El suyo no era un discurso popular, y por eso fue rechazado, golpeado, encarcelado y arrojado a una cisterna. Sin embargo, el fuego de la palabra de Dios ardía en sus huesos y no lo dejaba callar (**Jeremías 20:9**). El riesgo de hablar para Jeremías significó ser marginado por su propia nación, pero en ese rechazo halló comunión con el Dios que también es despreciado por quienes no soportan Su verdad.

Ezequiel, por su parte, vivió su ministerio en el exilio, lejos de la tierra prometida. Dios lo levantó en medio de un pueblo que había perdido la esperanza y que prefería resignarse a la derrota. Sus visiones, llenas de símbolos, mostraban la gloria de Dios en medio de los desterrados.

Ezequiel se convirtió en un centinela que debía advertir al pueblo del juicio inminente y llamarles al arrepentimiento. Su mensaje no solo fue hablado, sino actuado: se recostaba en un lado durante días, cocinaba su pan en condiciones indignas y representaba con gestos y acciones el dolor de un Dios que había sido traicionado.

Hablar cuando todos callan a veces no es solo levantar la voz, sino encarnar un mensaje que contradice la comodidad de la mayoría. Ezequiel asumió el riesgo de ser incomprendido, ridiculizado y rechazado, pero a través de su vida y palabras, Dios recordó a Su pueblo que la gloria no había abandonado a los que lo buscaban.

Estas historias nos muestran que hablar cuando todos callan nunca es tarea ligera. Los profetas no eran superhombres, sino personas de carne y hueso, frágiles y temerosas. Pero lo que los sostenía era el peso de la Palabra que les había sido confiada. Callar era imposible, incluso si hablar significaba perderlo todo. Así sucede también hoy en día: la voz profética sigue siendo necesaria en una cultura que aplaude el pecado y silencia la verdad.

El riesgo de hablar cuando todos callan no es un desafío exclusivo de los profetas del Antiguo Testamento, sino un llamado vigente para la Iglesia. Cada creyente que se atreve a anunciar el evangelio en un ambiente hostil revive el legado de Isaías, Jeremías y Ezequiel. Y cada palabra dicha con fidelidad de parte del Señor, aunque sea rechazada por los hombres, se convierte en semilla eterna que nunca queda sin fruto.

También tenemos el ejemplo del profeta Elías, quien encarna con fuerza la valentía de hablar cuando todos callan. En tiempos de Acab y Jezabel, Israel había abandonado a Dios y se entregaba a la idolatría de Baal. El riesgo que

enfrentó Elías fue inmenso: desafiar al rey y a toda una nación significaba arriesgar la vida misma.

Sin embargo, Elías se presentó con claridad, proclamando la sequía como juicio divino **(1 Reyes 17:1)** y, más tarde, enfrentando a cuatrocientos cincuenta profetas de Baal en el monte Carmelo. Allí, con un solo altar y la fe puesta en el Señor, Elías demostró que la verdad no depende de números ni de popularidad.

El fuego que descendió del cielo no solo consumió el sacrificio, sino que proclamó la soberanía de Dios frente a una multitud que había decidido callar ante la injusticia. Su valentía nos recuerda que el riesgo de hablar cuando todos callan puede cambiar el curso de una nación, y que la obediencia a Dios siempre supera cualquier temor humano.

En el Nuevo Testamento, Jesús se convierte en el ejemplo supremo de esta verdad. Su ministerio estuvo marcado por la confrontación con líderes religiosos que pretendían imponer normas sin corazón. No buscó agradar a la multitud ni evitar conflictos, sino proclamar la voluntad del Padre con claridad.

Sus palabras desafiaron tradiciones, denunciaron hipocresía y expusieron injusticias. A los fariseos les dijo: ***“¡Hipócritas! Limpian el exterior del vaso, pero el interior está lleno de codicia y maldad” (Mateo 23:25)***. Los llamó serpientes, sepulcros blanqueados, ladrones, ciegos, hijos de Satanás, entre otros adjetivos calificativos. No sé lo que

imaginan algunos, pero esa gente era poderosa y todos en la comunidad los respetaban hasta con temor. Sin embargo, Jesús los enfrentó con duras palabras.

Jesús habló cuando todos callaban, y la evidencia de Su riesgo es que culminó en la cruz. Los religiosos decían que estaba endemoniado y aseguraban que no pretendían matarlo, pero justamente eso fue lo que hicieron. Jesús sabía lo que sucedería, pero Su voz fue la expresión de la valentía encarnada. Decir la verdad manifestó Su esencia y no solo cambió los ámbitos de Su época, sino que aún sigue resonando en cada corazón dispuesto a escucharlo.

Esteban, el primer mártir cristiano, continuó esta tradición de valentía. Ante el concilio judío, pronunció un discurso que recorrió toda la historia de Israel y señaló la constante rebelión del pueblo frente a Dios (**Hechos 7**). Su acusación final fue directa: “*¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos!*” (**Hechos 7:51**).

Las palabras de Esteban lo llevaron a ser apedreado, pero también abrieron un camino para la expansión del evangelio. Su riesgo nos enseña que hablar con valentía no significa buscar confrontación por orgullo, sino defender la verdad incluso cuando implica un costo personal elevado.

Pablo, en su predicación y defensa del evangelio, también asumió este riesgo. Frente al rey Agripa, no suavizó su mensaje ni ocultó su fe (**Hechos 26**). Declaró su encuentro con Cristo y la urgencia de la obediencia, aun sabiendo que

sus palabras podrían incomodar a las autoridades y, de hecho, generaron oposición. Pablo no temía la reprensión humana porque su fidelidad no dependía de la aceptación de los hombres, sino del mandato de Dios. Su vida demuestra que la voz profética requiere convicción, coraje y disposición a enfrentar persecución sin renunciar a la verdad.

Hoy en día, la Iglesia está llamada a retomar esa voz profética. Vivimos en un tiempo donde la cultura promueve el silencio, relativiza la verdad y castiga la convicción. Callar puede parecer prudente, pero muchas veces equivale a traicionar la misión que Dios nos ha confiado.

Hablar cuando todos callan significa proclamar justicia donde reina la injusticia, denunciar la mentira donde se normaliza, y ofrecer esperanza donde otros promueven desesperanza. No todos predicarán desde un púlpito o un escenario público, pero todos podemos abrir nuestra boca en nuestros contextos cotidianos: en la familia, el trabajo, la escuela, las redes sociales.

La voz profética hoy no consiste en levantar un tono combativo ni en ganar popularidad, sino en sostener la verdad con gracia, discernimiento y fidelidad. Cada palabra que proclamamos en obediencia a Dios tiene un efecto eterno, aunque pase inadvertida ante los ojos humanos. La fe nos llama a hablar, aunque temamos, aunque seamos rechazados, aunque las consecuencias sean dolorosas. Porque en la fidelidad de nuestras palabras reside la gloria de Dios y la transformación de corazones.

Hablar cuando todos callan requiere coraje, oración y dependencia del Espíritu Santo. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Elías, Jesús, Esteban y Pablo nos muestran que la fidelidad a Dios siempre conlleva riesgo, pero también siempre produce fruto.

La pregunta que nos enfrenta hoy es simple y profunda: ¿seremos nosotros quienes prefiramos la comodidad del silencio, o nos atreveremos a hablar la verdad aun cuando todos callen? El riesgo existe, y es grande. Pero la recompensa de una vida que honra a Dios con su voz es eterna y transformadora.

***“Den gracias al Señor; proclamen su nombre.
¡Den a conocer sus obras entre las naciones!”***

Salmo 105:1



Capítulo seis

LOS RIESGOS DE PERDERLO TODO POR CRISTO

*“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo,
tome su cruz cada día y sígame.”*

Lucas 9:23

Seguir a Cristo nunca fue una invitación a la comodidad, sino un viaje de renunciaciones y sacrificios que, paradójicamente, conduce a la vida verdadera. Cuando Jesús llamó a sus discípulos, no les ofreció garantías de seguridad terrenal ni promesas de poder político. No les dijo que serían comprendidos ni celebrados por la sociedad; por el contrario, les advirtió que el camino sería angosto y que los hombres los aborrecerían por causa de su nombre.

En una ocasión, un escriba le dijo: *“Maestro, te seguiré adondequiera que vayas”*, pero Jesús le respondió: *“Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.”* Otro de sus discípulos le dijo: *“Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre...”* y Jesús le contestó:

“Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mateo 8:18 al 22). Es claro que Jesús no disminuía las demandas para que lo siguieran, sino que parecía aumentarlas para que a nadie le sorprendiera que Su llamado siempre fue un llamado a perder para ganar lo eterno.

Los apóstoles entendieron esa verdad de manera radical. Pedro, Andrés, Jacobo y Juan dejaron sus redes, sus barcas y la seguridad de un oficio heredado de sus padres para seguir a un Maestro itinerante que ni siquiera tenía casa propia (Mateo 4:18 al 22).

Mateo abandonó su mesa de recaudador de impuestos, su fuente de ingresos y el aparente prestigio que le otorgaba servir a Roma, para entrar en el camino del desprecio, porque a partir de entonces sería visto como traidor por sus antiguos colegas y como sospechoso por los judíos. Cada uno aceptó el riesgo de perderlo todo, porque vio en Jesús algo más grande que el valor de sus posesiones y seguridades humanas.

Pero no todos tuvieron la misma disposición. El evangelio registra con dolor la historia del joven rico (Marcos 10:17 al 22). Aquel hombre corrió hacia Jesús con una pregunta sincera: ***“¿Qué haré para heredar la vida eterna?”***. Su búsqueda parecía genuina, pero cuando el Maestro le mostró que debía soltar lo que más amaba, sus riquezas, su corazón se reveló incapaz de arriesgarlo todo por seguir a Cristo.

La tristeza lo envolvió, y se marchó con las manos llenas de bienes materiales pero con el alma vacía. Su historia permanece como espejo para nosotros: no basta con buscar a Cristo; hay que estar dispuestos a pagar el precio de seguirle. El joven rico no estaba preparado para perderlo todo por el Señor, y por eso terminó perdiendo lo único que realmente importaba.

Este mismo patrón se repite en **Juan 6**, cuando Jesús declara: ***“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna” (Juan 6:54).*** Sus palabras escandalizaron a muchos de sus seguidores, y el evangelista registra que ***“desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Juan 6:66).***

La multitud que buscaba pan y milagros no estaba dispuesta a arriesgarse a entrar en el misterio de un discipulado radical. Prefirieron abandonar al Maestro antes que enfrentar la incomodidad de un mensaje que excedía su comprensión. Solo unos pocos permanecieron, y Pedro expresó la decisión que define la fe verdadera: ***“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68).***

El apóstol Pablo es quizás el ejemplo más elocuente del riesgo asumido por Cristo. Desde el momento de su encuentro con el Señor en el camino a Damasco, su vida estuvo marcada por renunciaciones, sufrimientos y pérdidas. El perseguidor se convirtió en perseguido, y su currículum de aflicciones supera todo lo que la mayoría de nosotros podría

soportar: cárceles, azotes, naufragios, hambre, traiciones y la constante amenaza de muerte (**2 Corintios 11:23 al 28**). Sin embargo, lejos de lamentarse, Pablo proclamaba con gozo:

“Todo lo tengo por pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.”

Filipenses 3:8

Ni siquiera temía al final de su carrera, pues veía en la muerte no una derrota, sino la consumación de su fe, por eso escribió: ***“Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”*** (Filipenses 1:21). Se llamaba a sí mismo ***“esclavo de Cristo”*** (Romanos 1:1), porque entendía que perderlo todo era, en realidad, acceder a lo más glorioso que puede recibir una persona.

La historia de la Iglesia confirma que este riesgo de perderlo todo no fue exclusivo de los apóstoles. La sangre de los mártires se convirtió en la semilla de nuevas generaciones de fe. En Pérgamo, Antipas fue el primer mártir reconocido, asesinado en medio de una ciudad que Jesús mismo llamó ***“donde Satanás tiene su trono”*** (Apocalipsis 2:13).

Policarpo, obispo de Esmirna, enfrentó la hoguera bajo el gobierno de Trajano, y cuando se le pidió que negara a Cristo para salvar su vida, respondió con una frase inmortal: ***“Ochenta y seis años le he servido, y nunca me ha hecho mal alguno. ¿Cómo podría blasfemar contra mi Rey que me salvó?”***.

La lista de nombres continúa, como un coro de testigos que **Hebreos 12** nos recuerda que rodea nuestro andar de fe. Sinforosa y sus siete hijos, Felicidad y sus siete hijos, Perpetua y Felicidad, Justino el filósofo mártir, Cipriano de Cartago, los innumerables mártires bajo la crueldad de Diocleciano... cada uno eligió el riesgo de perderlo todo en la tierra para ganar el todo en los cielos. En sus testimonios se hace visible la verdad proclamada por Jesús: ***“El que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”*** (Marcos 8:35).

El precio del discipulado siempre ha sido alto. Jesús nunca lo ocultó. En una cultura como la nuestra, obsesionada con la autoafirmación, la comodidad y la gratificación inmediata, estas palabras parecen una locura. ¿Cómo invitar a alguien a un camino que promete renunciars y riesgos? Sin embargo, la lógica del Reino invierte los valores del mundo: lo que en lo natural se pierde, en el Reino se gana; lo que en lo natural se desprecia, en el Reino se glorifica; lo que en lo natural parece muerte, en el Reino es vida eterna.

Perderlo todo por Cristo no es un fracaso, sino la decisión más sabia y gloriosa que un ser humano puede tomar. Porque lo que está en juego no es solo la seguridad presente, sino la eternidad. Como decía Pablo, ***“estas leves tribulaciones momentáneas producen en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”*** (2 Corintios 4:17). En ese misterio de la fe, el riesgo de perderlo todo se convierte en la puerta de acceso a una herencia incorruptible,

inmarcesible, guardada en los cielos para los que aman al Señor **(1 Pedro 1:4)**.

Renunciar a todo por Cristo no significa necesariamente vender nuestras pertenencias o abandonar de manera literal cada vínculo humano. Significa reconocer que nada en este mundo puede ocupar el trono de nuestro corazón más que Él. Jesús fue radical al decir:

“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.”

Mateo 10:37

Estas palabras no llaman al desprecio de la familia, sino a una prioridad absoluta: nada ni nadie debe ser más amado que el Señor. La verdadera fe siempre implica el riesgo de desplazar a los ídolos visibles o invisibles que compiten por nuestro afecto, ya sean bienes, relaciones, prestigio o sueños personales.

En contraste, nuestra cultura contemporánea predica un evangelio de conveniencia, en el que lo espiritual debe ajustarse a las necesidades inmediatas del yo. Hoy se celebra la comodidad como si fuera un derecho y se considera una locura sacrificar algo por una causa mayor que uno mismo. La verdad es que Jesús invierte los términos, y no todos están dispuestos a asumir esas presiones.

La cruz no es un adorno ni un accesorio religioso, sino un símbolo de entrega total. En el primer siglo, tomar la cruz significaba estar dispuesto a caminar hacia la ejecución. Hoy significa estar dispuesto a morir a la autosuficiencia, al egoísmo, al orgullo y a toda forma de idolatría. Seguir a Cristo sin condiciones es lo que más vale la pena para cualquier ser humano. Es un privilegio poder hacerlo.

El evangelio, desde la lógica humana, parece un absurdo. Pablo lo expresó con claridad: ***“La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”*** (1 Corintios 1:18). ¿Qué sociedad moderna podría aceptar con entusiasmo un mensaje que llama a perder la vida en vez de preservarla, a dar en lugar de acumular, a servir en lugar de dominar? Sin embargo, en esa locura se esconde el secreto de la vida eterna. El que se aferra a lo suyo, inevitablemente lo perderá; pero el que entrega todo en obediencia al Señor descubre un gozo y una paz que el mundo no puede comprender ni arrebatarse.

A la historia de algunos mártires que hemos recordado se le suman miles y miles de sacrificios silenciosos que, a lo largo de la historia, han glorificado al Señor. Estos se convierten en un espejo para cada uno de nosotros en este tiempo. Ellos arriesgaron lo más valioso que el hombre natural teme perder: la vida misma. Y lo hicieron con cánticos, con oraciones, con la certeza de que no eran dignos de este mundo **(Hebreos 11:38)**.

Hoy abundan las excusas. El cristiano de hoy, aun sin enfrentar hogueras ni arenas romanas, está llamado a vivir con la misma disposición: a no amar su vida hasta la muerte (**Apocalipsis 12:11**), a tener como ganancia el perder, a estar dispuesto a que Cristo sea nuestro todo, aunque eso implique ir contra la corriente de una cultura que idolatra la seguridad, la abundancia y el éxito personal.

Vale la pena subrayarlo: seguir a Cristo no es un negocio terrenal, es entrega eterna. Jesús no prometió ausencia de dolor, pero sí presencia constante en medio de toda aflicción: ***“He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).***

No prometió coronas inmediatas, pero sí una corona de gloria que no se marchita (**1 Pedro 5:4**). No prometió riquezas percederas, pero sí un tesoro en los cielos donde no hay ladrones ni polillas que lo destruyan (**Mateo 6:20**). El riesgo de perderlo todo aquí abajo es, en verdad, la inversión más segura en la eternidad.

Cada generación de cristianos ha tenido que decidir si vale la pena seguir a Cristo cuando todo está en juego. Para algunos, el riesgo ha sido la cárcel; para otros, la pobreza o la incomprensión de sus propios familiares. En algunos contextos, es el desprecio social, la burla o la pérdida de oportunidades laborales.

Pero cualquiera que sea el precio, la respuesta de la fe sigue siendo la misma: “Cristo lo vale todo”. Él mismo

enseñó que el Reino es semejante a un hombre que, habiendo encontrado un tesoro escondido en un campo, ***“va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo”*** (Mateo 13:44). El Reino no es un agregado, es el todo por el cual todo lo demás se relativiza.

Y es aquí donde la locura del evangelio se transforma en la mayor de las recompensas. Ningún riesgo es demasiado grande cuando se compara con el incomparable valor de ganar a Cristo. Ningún sacrificio es excesivo cuando se sabe que el Cordero que fue inmolado nos espera con brazos abiertos en gloria. Como decía Pablo:

“Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.”

Romanos 8:18

Perderlo todo por Cristo, en realidad no es una pérdida. Es el único camino hacia la verdadera ganancia. Lo entendieron los apóstoles, lo proclamaron los mártires, lo vivió Pablo en sus cadenas y lo sigue experimentando cada creyente que decide entregarle su vida entera. Y aunque el mundo lo considere un delirio, nosotros sabemos que es la más sabia de las decisiones. En la balanza eterna, el costo de seguir a Cristo es insignificante frente al peso de gloria que nos espera.

Así, el cristiano que arriesga todo no se queda vacío: se llena de la plenitud de Aquel que es la vida misma. En su

presencia hay plenitud de gozo (**Salmo 16:11**). Y aunque la senda esté marcada por renunciaciones, su final desemboca en la morada eterna, donde ya no habrá lágrimas, ni dolor, ni muerte. Allí veremos al Rey, al que un día nos llamó a perderlo todo, solo para darnos todo lo verdadero.

Cuando hablo de perderlo todo, no me refiero a que eso nos ocurrirá a todos de manera literal. Hablo del corazón, hablo de la entrega interna y, si es necesario, en algún caso también lo será de manera literal, pero no es así en la mayoría de los casos actuales.

Yo debo reconocer que desde que sigo al Señor no he tenido menos, sino más cosas; pero esas cosas, consideradas hoy como bendiciones, no pueden ni deben, bajo ningún punto de vista, opacar, minimizar o afectar mi entrega al Señor. No deben entorpecer mi servicio, mi devoción y mucho menos mi amor hacia Él. Espero que todos mis hermanos puedan considerar lo mismo.

***“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.”***

Salmo 73:25



Capítulo siete

LOS RIESGOS DE LA COMUNIÓN PROFUNDA

“... y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.”

Jeremías 29:13

La comunión con Dios ha sido siempre el anhelo más alto del corazón humano y, al mismo tiempo, el camino más riesgoso para quien se atreve a transitarlo. Cuando Adán caminaba en el huerto en la frescura del día, escuchando los pasos de Dios (**Génesis 3:8**), experimentaba lo que significa vivir en el centro mismo de la intimidad divina.

Esa comunión perfecta fue quebrada por el pecado, pero en Cristo somos invitados nuevamente a acercarnos al trono de la gracia con confianza (**Hebreos 4:16**). Sin embargo, esa cercanía no es inofensiva: tocar la santidad de Dios siempre demanda la muerte de algo en nuestro interior.

Cada vez que Su presencia se hace real, una parte de nuestro ego, de nuestra carne, de nuestras ambiciones personales, muere inevitablemente. Esa es la paradoja

gloriosa: lo que perdemos frente a Su presencia no es otra cosa que aquello que nos esclaviza, y lo que ganamos es la vida abundante que solo Él puede dar.

Hoy en día, muchos creyentes se conforman con las actividades religiosas de la congregación. La asistencia a los cultos, la participación en ministerios, la colaboración en diferentes programas son valiosas expresiones de fe comunitaria, pero no sustituyen la comunión íntima con el Señor.

Es posible estar ocupados en la obra de Dios y, sin embargo, no estar ocupados con el Dios de la obra. El mismo Jesús confrontó a los fariseos con esta realidad: sabían de las Escrituras, pero no reconocían al Autor de ellas cuando lo tenían delante de sus ojos (**Juan 5:39 y 40**). La comunión profunda requiere ir más allá de la rutina, de la superficie, del movimiento exterior. Exige un corazón dispuesto a entrar en lo secreto, donde nadie aplaude, nadie observa, nadie recompensa, sino el Padre que ve en lo secreto (**Mateo 6:6**).

Pero entrar en ese lugar secreto tiene un precio. Siempre que alguien decide buscar a Dios más allá de las formas, más allá de la costumbre, más allá de lo que la mayoría está dispuesta a hacer, corre el riesgo de ser confrontado en lo más profundo de su ser.

Isaías, hombre justo y profeta del Señor, cuando contempló la gloria del Santo sentado en Su trono, no pudo hacer otra cosa que clamar: *“¡Ay de mí! que soy muerto;*

porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5). La visión de Dios no nos deja intactos; nos desnuda de nuestra falsa justicia, expone lo que somos y lo que escondemos. Por eso es un riesgo: si no queremos perder lo que somos, no deberíamos procurar una comunión profunda con Él, porque esa comunión nos despojará de todo lo que no pertenece a Su Reino.

Sin embargo, ese es precisamente el gran misterio: lo que parece pérdida es, en realidad, nuestra mayor ganancia. El apóstol Pablo lo expresó con contundencia: ***“Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7).*** El riesgo de perderlo todo por causa de Su presencia no es un acto de insensatez, sino la única manera de encontrar la verdadera vida.

Jesús mismo lo dijo: ***“El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Marcos 8:35).*** La comunión profunda es un camino de muerte y resurrección constante. Cada día algo en nosotros muere cuando nos acercamos al fuego de Su santidad, pero de esas cenizas surge una vida nueva, más libre, más santa, más parecida a Cristo.

La comunión íntima con Él, mata pensamientos vanos, disuelve codicias necias, desarraiga ambiciones personales y pulveriza el orgullo que tanto nos ata. Es imposible permanecer en la presencia del Dios Altísimo y seguir

pensando de manera carnal. Quien se expone diariamente al resplandor de Su gloria no puede seguir alimentando rencores, ni sosteniendo mentiras, ni justificando pecados ocultos.

El Espíritu Santo trabaja como fuego purificador y como martillo que quebranta la roca (**Jeremías 23:29**). El riesgo es grande, porque nadie que entre en ese proceso sale siendo la misma persona. Pero la recompensa es infinitamente mayor: un corazón transformado, limpio, sensible y fortalecido para vivir y servir conforme al propósito eterno.

La comunión profunda con el Señor siempre rompe estructuras religiosas. Esto lo vemos una y otra vez en la historia de los avivamientos. Cada vez que un grupo de hombres y mujeres se atrevió a entrar en las aguas profundas de la intimidad con Dios, la religión establecida se incomodó.

Los primeros discípulos, al ser llenos del Espíritu Santo en Pentecostés, fueron acusados de estar ebrios (**Hechos 2:13**), porque lo que sucedía en ellos rompía toda lógica y toda estructura humana. Avivamientos como el de los moravos, el gran despertar en Norteamérica o los derramamientos del Espíritu en distintas naciones han nacido de rodillas, en habitaciones ocultas, en corazones dispuestos a arriesgarlo todo por tocar la gloria de Dios. La oración profunda siempre fue el laboratorio del fuego espiritual que después incendió espiritualmente pueblos y naciones.

Por eso, cuando hablamos del riesgo de la comunión profunda, no nos referimos a un lujo espiritual reservado para unos pocos, sino a una invitación abierta a todo hijo de Dios. Sin embargo, no todos responden, porque el precio es real. El precio es la renuncia al yo, al orgullo, a la comodidad, a las máscaras religiosas. El precio es quedar expuestos ante la verdad de nuestro propio corazón. El precio es morir un poco cada día para vivir plenamente en Cristo.

Y aquí se revela la paradoja de la vida cristiana: el riesgo de la comunión profunda no es, en última instancia, un riesgo de pérdida, sino el único camino a la verdadera ganancia. Morir para vivir. Perder para ganar. Vaciar para ser llenado. Esa es la economía del Reino, y solo quienes se atreven a entrar en ese misterio pueden experimentar la gloria de una vida transformada.

“Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído...”

Isaías 65:24

La comunión profunda con Dios no solo transforma nuestra vida interior, también nos prepara para el servicio. Un corazón que ha sido tocado por Su presencia no puede seguir viviendo para sí mismo. Cuando Moisés descendió del monte después de cuarenta días con el Señor, su rostro resplandecía de tal manera que los hijos de Israel no podían mirarlo directamente (**Éxodo 34:29 y 30**).

El brillo de su piel era testimonio de la cercanía divina, pero también un llamado a liderar un pueblo con autoridad espiritual. La comunión íntima no es un fin en sí mismo; es el taller secreto donde Dios forja siervos efectivos, hombres y mujeres dispuestos a darlo todo por Su propósito.

Muchos quieren servir, pero pocos desean pagar el precio de la intimidad. La Iglesia actual enfrenta el riesgo de formar obreros hábiles en lo externo pero débiles en lo interno; líderes capacitados en estrategias, pero pobres en secreto; servidores visibles en la congregación, pero vacíos de comunión con el Señor.

No debemos olvidar que el poder del ministerio no se sostiene en la elocuencia ni en los programas, sino en la presencia. Jesús llamó a doce para que estuvieran con Él, y luego para enviarlos a predicar (**Marcos 3:14**). El orden es innegociable: primero estar con Él, luego servirle. Sin comunión profunda, el servicio se convierte en activismo; con comunión profunda, el servicio se transforma en fruto eterno.

Pero entrar en esa intimidad implica un riesgo mayor: ser quebrantados. El orgullo que muchas veces nos sostiene debe caer. Las ambiciones que nos mueven deben morir. Los deseos de grandeza personal deben ser reducidos a cenizas frente a Su trono. El Señor no comparte Su gloria con nadie (**Isaías 42:8**). Cuando procuramos Su presencia, descubrimos que no somos el centro, ni los protagonistas, ni los indispensables. En comunión con Él comprendemos que

todo lo que hacemos no es por nosotros ni para nosotros, sino por, y para Cristo. Ese descubrimiento es doloroso para el ego, pero glorioso para el alma.

La historia de la Iglesia está llena de ejemplos de hombres y mujeres que asumieron el riesgo de entrar en lo profundo de Dios y, como resultado, provocaron movimientos que marcaron generaciones. Los moravos, en el siglo XVIII, comprendieron que la oración constante y la comunión íntima con Dios eran más importantes que cualquier otra actividad, y de allí nació una llama misionera que alcanzó los confines de la tierra.

En el avivamiento de Gales, a comienzos del siglo XX, jóvenes se encerraban en habitaciones para buscar al Señor en oración durante largas horas, hasta que Su presencia transformaba la atmósfera de ciudades enteras. En cada caso, la comunión profunda fue el terreno fértil donde el Espíritu Santo derramó Su poder con una intensidad imposible de explicar con lógica humana.

El riesgo de la comunión profunda, entonces, es también el riesgo de ser incomprendidos. Quien decide pasar tiempo con Dios más allá de lo común, siempre será observado con sospecha por quienes prefieren la superficialidad. Ana, la madre de Samuel, fue confundida por el sacerdote Elí, quien pensó que estaba ebria cuando oraba con amargura de espíritu en el templo (**1 Samuel 1:12 al 14**). Como mencioné en el capítulo anterior, los discípulos en Pentecostés también fueron acusados de borrachos (**Hechos**

2:13). Todo verdadero buscador de Dios corre el riesgo de ser malinterpretado. Pero ese es un precio pequeño comparado con el peso de gloria que se recibe en la intimidad con Él.

El verdadero peligro no está en arriesgarse a entrar en comunión profunda, sino en conformarse con vivir sin ella. ¿Qué gana un creyente con permanecer en la superficie, donde su vida espiritual se reduce a ritos, programas y actividades? ¿Qué logramos manteniéndonos lejos del fuego purificador? Lo único que conseguimos es sostener una vida cristiana sin poder, sin transformación y sin fruto eterno.

Jesús advirtió: *“Separados de mí nada podéis hacer”* (**Juan 15:5**). Sin comunión, no hay fruto; sin intimidad, no hay vida. Lo que parece más seguro, quedarse en lo superficial, es en realidad el mayor de los riesgos, porque nos roba el propósito para el cual fuimos creados: vivir en la presencia de Dios.

Por eso, este capítulo no es una invitación liviana ni un llamado emocional. Es una advertencia y, al mismo tiempo, una exhortación. Si decidimos buscar comunión profunda con Dios, debemos estar listos para perder. Perder orgullo, vanidades, placeres pasajeros, aquello que no puede sostenernos. Sin embargo, en esa pérdida encontraremos el tesoro de mayor valor. La comunión profunda exige que lo demos todo, pero nos entrega una riqueza incalculable.

El riesgo de la comunión profunda, finalmente, es el riesgo del amor. Nadie que ama de verdad puede pretender no perder nada. Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (**Marcos 12:30**) implica entregarlo todo, sin reservas. Pero en ese amor hallamos la plenitud para la que fuimos creados. Allí somos librados de nosotros mismos, capacitados para servir y preparados para vivir en el centro de Su voluntad.

La pregunta no es si la comunión profunda tiene riesgos, porque los tiene. La verdadera pregunta es si estamos dispuestos a asumirlos. Y quienes lo hagan descubrirán que, en el altar de la intimidad, se pierde lo que nunca valió la pena y se gana lo único que realmente importa: Cristo mismo, en nosotros, la esperanza de gloria (**Colosenses 1:27**).

***“Me mostrarás la senda de la vida;
En tu presencia hay plenitud de gozo;
Delicias a tu diestra para siempre.”***

Salmo 16:11



Capítulo ocho

LOS RIESGOS DE LA GENEROSIDAD RADICAL

“Pero ¿quién soy yo y quién es mi pueblo, para que podamos darte estas ofrendas voluntarias? En verdad, tú eres el dueño de todo y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido.”

1 Crónicas 29:14

Hablar de dinero en la iglesia siempre ha sido un terreno delicado. Muchos corazones se endurecen apenas se menciona la palabra “finanzas”, porque es uno de los temas más polémicos de nuestro tiempo. La razón de esa incomodidad no se encuentra en la Biblia, que trata con claridad y sin rodeos sobre la administración de los bienes, sino en la condición del corazón humano.

Vivimos en una generación marcada por la codicia, la avaricia y las ambiciones desmedidas, donde el tener parece definir el valor de las personas. En este contexto, hablar de generosidad radical resulta un verdadero riesgo, porque confronta directamente los ídolos más sutiles de nuestra época: el materialismo, la autosuficiencia y la comodidad.

Pero lo cierto es que, desde sus inicios, la iglesia de Cristo fue conocida por su generosidad. Los creyentes del primer siglo daban más allá de sus posibilidades. El libro de los Hechos nos muestra una comunidad donde nadie decía ser dueño de lo que poseía, sino que todas las cosas eran en común, y *“no había entre ellos ningún necesitado”*, porque los que poseían heredades o casas las vendían y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles (**Hechos 4:34 y 35**). Esta no era una imposición, sino un fruto de corazones transformados por la gracia. La generosidad no era un requisito formal, sino una consecuencia natural de haber encontrado el tesoro verdadero en Cristo.

La iglesia primitiva entendió que dar no era perder, sino ganar. No veían las ofrendas como un sacrificio vacío, sino como una inversión eterna. Sabían que el dinero no tenía poder en sí mismo, pero podía convertirse en instrumento de justicia, en semilla de multiplicación y en expresión tangible de amor.

Así, si alguien tenía dos propiedades, podía entregar una para la causa del evangelio, confiando en que el Señor era suficiente para sostenerlo. Ese desprendimiento parece una locura para nuestra mentalidad moderna, acostumbrada a acumular, ahorrar y asegurar cada aspecto de la vida. Pero en el Reino de Dios, el que guarda para sí termina perdiendo, y el que da sin reservas experimenta la provisión milagrosa del Padre.

Un ejemplo paradigmático de generosidad radical se encuentra en las iglesias de Macedonia, mencionadas por Pablo en la segunda carta a los Corintios. Estas comunidades, Filipo, Tesalónica y Berea, atravesaban duras pruebas y extrema pobreza, pero fueron reconocidas por su abundante generosidad. El apóstol relata con asombro que dieron más allá de sus fuerzas, motivados por una profunda alegría y, sobre todo, por su entrega total al Señor (**2 Corintios 8:1 al 5**).

Esta es la clave: cuando un creyente se entrega primero a Dios, su bolsillo deja de ser un territorio intocable. La generosidad no depende de la abundancia de recursos, sino de la abundancia de entrega. Por eso, aquellos creyentes empobrecidos podían ser más generosos que otros en mejores condiciones materiales. La generosidad radical no se mide en la cantidad que se da, sino en la calidad del corazón que se entrega.

Hoy, en contraste, encontramos muchos cristianos que quieren recibir de Dios sin comprender que lo primero es dar. Queremos las bendiciones del cielo, pero sin abrir la mano en la tierra. Pedimos cosechas abundantes, pero sembramos escasamente. La Palabra es clara: ***“El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”*** (**2 Corintios 9:6**).

Pretender que Dios nos introduzca en Su economía sin estar dispuestos a dar lo que Él nos pida es una contradicción.

La economía del Reino no se rige por el miedo a la escasez, sino por la fe en la abundancia del Padre. Jesús mismo dijo: ***“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo”*** (Lucas 6:38). Esta promesa no solo se activa en quienes perdonan sin limitaciones, sino que también se activa en aquellos que se atreven a dar sin medir consecuencias.

La generosidad radical implica soltar lo que parece indispensable, confiando en que Dios es suficiente. Es la viuda de Sarepta que, en medio de la sequía, entregó lo último de su harina y su aceite al profeta Elías, y como resultado experimentó un milagro de provisión que sostuvo a su casa hasta el final de la crisis (**1 Reyes 17:8 al 16**). Claro, si quien pide a una viuda su único sustento es Elías, todos comprenden la espiritualidad del pedido, pero si lo realiza un ministro de hoy, seguramente muchos pensarían que está tratando de quitar dinero livianamente.

Jesús observó a una viuda en el templo. Esta mujer estaba echando dos blancas, que era todo lo que tenía para vivir, y en lugar de ser frenada por Jesús, quien podría haberle dicho que no lo hiciera, fue reconocida por su dadivosidad. Jesús dijo con gozo que ella había dado más que todos, porque los demás dieron de lo que les sobraba, pero ella dio todo lo que poseía (**Marcos 12:41 al 44**). Estos testimonios bíblicos nos muestran que la generosidad radical no es cuestión de cantidad, sino de confianza absoluta en el Dios que multiplica, y que se goza en quienes lo practican.

Pero dar sin medir consecuencias siempre será un riesgo. Significa poner en manos de Dios lo que podría asegurarnos el futuro, arriesgar la estabilidad por obediencia, exponer nuestras finanzas al escarnio de quienes no entienden. Sin embargo, ese riesgo revela en quién confiamos realmente.

¿Confiamos en nuestras cuentas bancarias, en nuestros ingresos, en nuestras capacidades de generar recursos? ¿O confiamos en que nuestro Padre celestial sabe de qué cosas tenemos necesidad antes de que se lo pidamos **(Mateo 6:8)**? La generosidad radical desenmascara dónde está nuestro corazón, porque ***“donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21).

La generosidad radical no se mide en lo que entregamos, sino en lo que estamos dispuestos a dar por amor a Cristo. Dar más allá de lo lógico es el acto más contracultural en un mundo dominado por la avaricia. Cuando comprendemos esto, descubrimos también que toda semilla que sembramos se va de nuestras manos, pero no de nuestras vidas, porque toda siembra puede traer una cosecha.

Cada día, la sociedad nos empuja a acumular, a asegurar, a retener, como si la verdadera seguridad dependiera del tamaño de nuestras cuentas bancarias. Sin embargo, la Palabra nos confronta con un principio totalmente opuesto: ***“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo”*** (Mateo

6:19 y 20). Aquí está el dilema del discípulo: o vive atrapado en el temor a la escasez, o se arriesga a creer que el Reino tiene una economía más confiable que la de este mundo.

Ese riesgo no es sencillo. La mente natural se resiste a entregar lo que considera suyo. El corazón, marcado por la desconfianza, se aferra a lo material. El ego teme perder control. Por eso, la generosidad radical es un campo de batalla espiritual donde el yo debe morir para que Cristo viva en nosotros. Dar sin reservas es declarar en voz alta que nuestro sustento no proviene de lo que tenemos, sino de Aquel que nos lo dio todo. La fe se prueba no solo en lo que creemos, sino en lo que estamos dispuestos a soltar.

El miedo a la escasez es uno de los mayores enemigos de la generosidad. Pensamos: “Si doy, ¿qué me quedará para mañana? ¿Cómo aseguraré el futuro de mis hijos? ¿Qué pasará si lo que entrego no vuelve?”. Pero ese temor revela, en realidad, una falta de confianza en Dios.

Jesús mismo nos llamó a mirar las aves del cielo, que no siembran ni siegan, y aun así son alimentadas por el Padre, y a observar los lirios del campo, vestidos con una gloria mayor que la de Salomón, sin hilar ni trabajar (**Mateo 6:26 al 29**). Si Él cuida de lo más pequeño, ¿no cuidará mucho más de quienes hemos sido comprados con la sangre de Su Hijo? La generosidad radical es el antídoto contra la ansiedad del mañana, porque cada vez que damos, proclamamos que nuestra confianza no está en lo que poseemos, sino en el Dios que provee.

A lo largo de la historia de la Iglesia, aquellos que decidieron creer en la economía del Reino y arriesgarse en la generosidad vieron milagros extraordinarios. Hombres y mujeres de fe han testificado cómo, al entregar lo poco que tenían, Dios abrió fuentes inesperadas de provisión. A veces, la provisión no llegó en forma de dinero, sino en oportunidades, puertas abiertas o milagros de multiplicación.

El principio del Reino es claro: cuando damos, no perdemos, sembramos. Y quien siembra, cosecha, aunque el fruto tarde en llegar. El gran riesgo es, en realidad, la gran oportunidad de ver al Dios vivo respaldando lo que parece una locura a los ojos humanos.

Pero debemos ser claros: la generosidad radical no es una fórmula mágica para enriquecerse. No es una transacción comercial con Dios. Es una entrega de amor y confianza. La viuda que dio sus dos blancas no lo hizo esperando que el cielo le devolviera una fortuna, sino porque su corazón estaba rendido al Señor.

La iglesia de Macedonia no dio porque esperaba riquezas terrenales, sino porque su gozo en Cristo era tan grande que la pobreza no fue un obstáculo para participar en la obra del Reino. La verdadera generosidad nace del amor, y donde hay amor no se calculan riesgos ni consecuencias. El que ama, da, y lo hace con alegría.

El apóstol Pablo resumió este espíritu diciendo: ***“Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7).*** Dar de mala gana o

por obligación no honra a Dios. Pero dar con gozo, con libertad, con la certeza de que estamos participando en algo eterno, produce un fruto que no se marchita. Ese gozo es la señal de que hemos entendido la esencia del Reino: todo lo que tenemos es del Señor, y al devolverlo en generosidad solo estamos reconociendo lo que ya es Suyo.

El riesgo de la generosidad radical es, en última instancia, el riesgo de vivir como Cristo vivió. Nadie fue más generoso que Él, quien siendo rico se hizo pobre, para que nosotros, con Su pobreza, fuésemos enriquecidos (**2 Corintios 8:9**). Dar sin reservas no es una estrategia de prosperidad, sino un reflejo de la cruz. Jesús lo dio todo: Su tiempo, Su vida, Su sangre, Su gloria. Y en ese todo encontramos la mayor riqueza. Por eso, cada acto de generosidad radical es, en el fondo, un eco de la vida de Cristo manifestándose en nosotros.

El llamado es claro: debemos atrevernos a arriesgar. Arriesgar la seguridad de nuestras reservas. Arriesgar el juicio de quienes nos llamarán insensatos. Arriesgar el control que creemos tener sobre el mañana. Porque en ese riesgo se encuentra la puerta a un estilo de vida que rompe cadenas, abre cielos y demuestra que Dios es fiel para sostener a quienes confían en Él.

La pregunta que queda en el corazón es inevitable: ¿confiaremos lo suficiente como para dar lo que el Señor nos pida, aun cuando nos parezca imposible? La respuesta a esa pregunta define el grado en que participaremos de la

economía del Reino. Y quien se atreva a arriesgar en la generosidad radical descubrirá que el verdadero riesgo no era dar, sino retener. Porque quien retiene por miedo termina perdiendo lo que nunca podrá comprar: la experiencia viva de un Dios que suple con abundancia a los que se vacían en Sus manos.

“Ustedes serán enriquecidos en todo sentido para que en toda ocasión puedan ser generosos, y para que por medio de nosotros la generosidad de ustedes resulte en acciones de gracias a Dios.”

2 Corintios 9:11



Capítulo nueve

LOS RIESGOS DE TRABAJAR JUNTOS

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo... Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él...”

1 Corintios 12:12 y 26

La tendencia humana al individualismo es tan antigua como la caída del hombre. Desde que el ego se instaló en la historia de la humanidad, cada quien ha buscado labrar su propio camino, levantar sus propios muros y asegurar su propio bienestar. Esta condición humana no es inocente, porque, así como ha logrado permanecer a través de la historia, lo sigue haciendo y, por ende, logra penetrar la Iglesia.

Vivimos en una sociedad que premia la autonomía, la independencia y el protagonismo personal. La cultura actual celebra al que se destaca solo, al que logra sin depender de

nadie. Sin embargo, en medio de esta mentalidad, Dios ha diseñado algo radicalmente diferente: la comunidad, la interdependencia, la unidad. Y en la vida espiritual, esta verdad cobra una relevancia absoluta, pues la iglesia no es un conjunto de individuos aislados, sino un cuerpo viviente, un organismo que debe respirar en unidad y cuya fuerza no depende de los talentos individuales, sino de la colaboración de todos.

Este diseño revelado nos confronta y nos desafía, porque no podemos aspirar a la plenitud espiritual individual si ignoramos la existencia y la función de los demás. Cada miembro importa, cada aportación es vital, y cada omisión o negligencia afecta a todo el cuerpo.

Así como un pie que no camina impide que el cuerpo avance, o un ojo que no ve reduce nuestra percepción del mundo, un creyente que rehúye la comunión y el trabajo conjunto limita la capacidad del cuerpo de manifestar la gloria de Dios. La unidad no es opcional; es el diseño divino. Y aunque trabajar en equipo conlleva riesgos, es precisamente allí donde Dios elige manifestar Su poder y Su presencia.

Pero el llamado a trabajar juntos no está exento de desafíos. Al depender unos de otros, nos exponemos al fracaso, a la falta de compromiso y a los errores humanos. El cuerpo es tan fuerte como su miembro más débil, y la iglesia refleja sus fortalezas y debilidades colectivas.

Pablo nos recuerda que el celo, el egoísmo y la presunción pueden dañar seriamente la unidad: ***“Mirad, hermanos, lo que digo: Que cada uno mire no sólo por lo suyo propio, sino también por lo de los otros”*** (Filipenses 2:4). En otras palabras, la disposición a mirar por el bienestar de los demás, a dar sin esperar recompensas personales, es la medida de nuestra madurez espiritual.

No podemos avanzar individualmente sin afectar el bienestar de todo el cuerpo. Y esto requiere humildad, disciplina y compromiso; requiere correr riesgos, porque abrirse a los demás implica confiar, exponerse y, a veces, soportar frustraciones.

El modelo divino de unidad no se conforma con la mera presencia de sus miembros; exige participación activa y responsabilidad consciente. Es un riesgo, sí, pero uno que trae una recompensa incomparable: plenitud espiritual, crecimiento colectivo y manifestación tangible del Reino.

Cuando un equipo de fútbol se prepara para un campeonato, no basta con que un jugador esté dispuesto a darlo todo; todos deben jugar con el mismo propósito y entrega. Del mismo modo, la iglesia avanza en la medida en que sus miembros están dispuestos a comprometer sus dones, su tiempo y su corazón para la gloria de Dios.

Cada uno tiene un rol, cada esfuerzo cuenta, y cada renuncia fortalece al conjunto. Si alguien descuida su responsabilidad, todo el cuerpo sufre. El desafío de trabajar

juntos no es una debilidad; es un reflejo del carácter de Dios, que valora la cooperación, la interdependencia y la manifestación de Su Espíritu en comunidad.

El riesgo de trabajar juntos se intensifica cuando el ego, el celo o la ambición se infiltran en los corazones. En muchas iglesias y ministerios, el mayor obstáculo no son los enemigos externos, sino la codicia, la presunción y la búsqueda de reconocimiento.

Cada miembro del cuerpo que busca sobresalir sobre los demás, que desea ser “la estrella”, erosiona la unidad. El Reino de Dios no tiene estrellas individuales; tiene una única luz que brilla con fuerza: Cristo. La Iglesia, Su Cuerpo, debe reflejar esa luz, no competir para ver quién brilla más.

Cuando un líder se humilla y sirve junto a otros, cuando un hermano entrega sus dones sin reclamar títulos ni privilegios, el cuerpo entero se fortalece y su influencia se multiplica. Esta es la visión radical de Dios: el colectivo por encima del individualismo, la dependencia mutua por encima de la autonomía, el servicio compartido por encima del protagonismo personal.

Existen ejemplos bíblicos que ilustran este principio. Moisés dependió de Aarón y Hur para sostener sus manos durante la batalla contra Amalec (**Éxodo 17:12**). Si Moisés hubiera intentado luchar solo, el pueblo habría sufrido la derrota; su éxito dependía de la colaboración.

David, aunque ungido rey, no podía establecer su reinado sin la lealtad y cooperación de sus soldados, consejeros y amigos. Y Jesús mismo, el Maestro de maestros, no ministró solo: llamó a doce discípulos, los enseñó, los corrigió y los envió juntos a predicar el Reino, confiando en su interdependencia y complementariedad. Este patrón nos enseña que el riesgo de trabajar juntos no es un defecto del plan de Dios; es Su diseño intencional para manifestar Su gloria.

Además, trabajar en unidad implica asumir responsabilidad por el otro. No podemos cerrar los ojos ante un hermano que cae, ni ignorar un miembro que no cumple con su rol. Cada acción y omisión tiene consecuencias para todo el cuerpo. La Biblia es clara en esto:

“Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él.”

1 Corintios 12:26

La interdependencia requiere empatía, solidaridad y compromiso activo. No es un llamado a la mediocridad colectiva, sino a un esfuerzo conjunto que, aunque imperfecto, refleja la perfección de Dios en su intención original: una iglesia viva, dinámica y poderosa. Este es un riesgo que vale la pena: aceptar que nuestra fuerza depende del compromiso, la entrega y la cooperación de los demás.

El desafío, entonces, es doble: superar la tentación del egoísmo y abrazar la vulnerabilidad de depender de otros. No existe un camino seguro sin riesgos; no hay plenitud espiritual aislada. Cada líder, cada ministro, cada hermano que decide correr este riesgo descubre que la verdadera grandeza no está en sobresalir solo, sino en ayudar a otros a sobresalir en Cristo.

La recompensa no es reconocimiento humano, sino crecimiento colectivo, madurez espiritual y la manifestación del Reino en la tierra. La unidad no se logra por imposición, sino por decisión consciente de vivir en comunión, de dar sin esperar recibir, de priorizar el bien del cuerpo sobre el propio confort.

Finalmente, debemos preguntarnos: ¿habrá en nuestra generación personas dispuestas a asumir este riesgo? ¿Estaremos nosotros entre aquellos que aceptan trabajar juntos, compartiendo cargas, alegrías y responsabilidades, sin buscar protagonismo? La respuesta determinará la efectividad del Cuerpo de Cristo en este tiempo.

La iglesia no es un escenario para lucirse; es un laboratorio de servicio, un campo de interdependencia, un espacio donde la plenitud de Dios se revela a través de la entrega mutua. Ciertamente, hay riesgos, fracasos y desilusiones en el camino, pero también hay bendición, fortaleza y manifestación de la gloria de Dios que ningún logro individual podría alcanzar.

El riesgo de trabajar juntos es, en última instancia, el riesgo de vivir el diseño divino y ver cómo el Reino se manifiesta y crece. Jesús oró al Padre antes de ir a la cruz, y Su oración fue ciertamente reveladora, porque no fue solo una intercesión sobre sus discípulos, sino también por todos nosotros:

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.”

Juan 17:20 y 21

Ciertamente hay riesgos en la unidad, porque esta implica dependencia, pero ese es el diseño del Señor y debemos respetarlo. Sé que hay congregaciones que trabajan de manera muy efectiva a través de la unidad de sus miembros, pero hay una unidad pendiente: la unidad con todas las demás congregaciones.

Entiendo que la unidad en una congregación es muy buena y todo pastor trabaja para eso, pero luego, los mismos que enseñan unidad entre los miembros de su congregación son los que no desean unirse con otros pastores. Esto no es la utopía de alguien que pretende lograr un imposible; creo que es el diseño glorioso de Dios y debemos apuntar hacia él.

La verdad es que, en mis intentos de reunir pastores, suelo sentir cierta decepción, pero luego suspiro y pienso:

vale la pena trabajar en un diseño tan hermoso como la Iglesia. Es verdad que hay un riesgo, pero es un riesgo como todos los demás que he analizado. Son riesgos humanos, riesgos que nosotros podemos considerar como tales, pero **“en Cristo tales riesgos no existen”**. Al final, Él hará todo lo que deba y quiera, más allá de lo que nosotros podamos considerar. Esa es la esperanza de los riesgos que valen la pena...

“Dios hace lo que quiere, pues es el único Dios. Nadie lo hace cambiar de planes. Así que él hará conmigo todo lo que quiera hacer.”

Job 23:13 y 14 TLA



EPÍLOGO

“Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie.”

Santiago 1:5

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un camino marcado por la audacia de la fe y por la necesidad de arriesgar lo seguro en pos de lo eterno. Hemos visto cómo Dios llama a Su pueblo a salir de la comodidad, a enfrentar lo desconocido y a atravesar las fronteras de nuestra limitada comprensión humana.

Los riesgos que hemos analizado son, en esencia, un llamado a confiar plenamente en Dios. Podemos estar seguros de que, desde la verdad, tales riesgos no existen, porque no hay nada más seguro que Él. Sin embargo, el tema se plantea porque la fe nos exige una vida en el plano sobrenatural, y es allí donde los riesgos se filtran, atacando nuestra mente y nuestros sentimientos.

En el corazón de toda decisión que honra a Dios yace un desafío: dejar atrás lo que creemos controlar y caminar hacia lo que solo Él puede garantizar. Como se dijo sobre Abraham: ***“Por la fe salió sin saber a dónde iba...”*** (Hebreos 11:8). Eso constituye un riesgo para cualquier

persona, y nada ha cambiado para nosotros. El Señor aún está llamando a personas decididas a caminar en la fe.

Cada capítulo de este libro ha buscado revelar que la vida cristiana, lejos de ser un sendero de seguridad absoluta en lo natural, es una travesía de dependencia, valentía y disposición a soltar nuestras seguridades terrenales para acceder a dimensiones de seguridades espirituales.

El riesgo no es simplemente una exposición al peligro; es una respuesta consciente al llamado divino, un acto de fe que desafía nuestra lógica y nuestra resistencia natural al cambio. El Espíritu Santo, a quien hemos considerado impulsor de riesgos, no nos llama a la imprudencia, sino a la obediencia valiente. Él nos mueve hacia lo imposible, nos capacita para hablar cuando otros callan y nos enseña que perderlo todo por Cristo no es una pérdida, sino una inversión eterna (**Mateo 16:25**).

Esta dinámica revela una verdad profunda: los riesgos que valen la pena no son aquellos que buscan gratificación inmediata o reconocimiento humano, sino los que alinean nuestro corazón con la voluntad de Dios y nos permiten ser instrumentos de Su Reino en la tierra.

A medida que avanzamos en nuestra vida de fe, comprendemos que estos riesgos no se limitan a grandes decisiones visibles, sino que se manifiestan en cada acto de entrega, en cada gesto de amor sacrificial, en cada momento en que elegimos la obediencia por encima de la comodidad.

La fe que no arriesga es una fe inerte; la iglesia que no asume riesgos es un cuerpo paralizado, incapaz de cumplir el diseño divino. Hemos visto cómo la comunión profunda, la generosidad radical y el trabajo conjunto son terrenos donde el riesgo se traduce en bendición, y cómo la resistencia a estos riesgos conduce a la mediocridad espiritual y a la fragmentación del cuerpo de Cristo.

Pero, aun en medio de la incertidumbre que pueda sentir nuestra alma, hay promesas que nos sostienen desde la dimensión espiritual. El Señor asegura: ***“Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”*** (Mateo 28:20). Este acompañamiento divino no elimina el riesgo, sino que lo transforma en una oportunidad para experimentar Su poder, Su fidelidad y Su gracia.

La valentía, entonces, no consiste en ignorar la posibilidad de fracaso, sino en confiar en que Dios es más grande que cualquier obstáculo y que Su propósito se cumplirá aun cuando nuestro entendimiento sea limitado. Esta es la esencia de los riesgos que valen la pena: son desafíos que nos moldean, nos refinan y nos permiten ser colaboradores de la obra eterna del Señor.

La vida de riesgo que hemos explorado en estas páginas no se limita a momentos extraordinarios; se extiende a cada elección cotidiana, a cada interacción, a cada acto de fe que desafía la lógica humana. Así como el apóstol Pablo registró: ***“Hemos corrido bien la carrera, hemos guardado la fe”*** (2 Timoteo 4:7), somos llamados a vivir una vida

marcada por decisiones valientes, conscientes de que cada paso hacia Dios implica un grado de incertidumbre, pero también una promesa de plenitud eterna. La fe que arriesga no se asusta ante lo desconocido, porque ha aprendido que Dios siempre está presente y que Su gracia es suficiente para sostenernos, aun cuando caigamos o enfrentemos algún fracaso temporal.

Cada capítulo de este libro ha revelado facetas distintas de este caminar: creer en lo imposible, hablar cuando otros callan, perderlo todo por Cristo, cultivar comunión profunda, ejercer generosidad radical y trabajar juntos como cuerpo. Todos estos riesgos, aunque diversos en forma y contexto, comparten un mismo fundamento: la dependencia total de Dios y la disposición a abandonar el control humano.

Como comunidad, como iglesia, aprendemos que no podemos aspirar a la plenitud individual si ignoramos la interdependencia, ni podemos experimentar la verdadera libertad si nos aferramos a la seguridad que el mundo ofrece. La obediencia valiente y el riesgo calculado son la vía para la manifestación del Reino, y la recompensa no es solo individual, sino colectiva: una iglesia unida, madura y llena del Espíritu, capaz de impactar el mundo con la luz de Cristo.

Sin embargo, el riesgo más grande no siempre proviene del mundo, sino del corazón mismo del creyente. El miedo, la comodidad y la auto-conservación son enemigos silenciosos que nos paralizan. Recordemos las palabras de

Jesús: ***“El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”*** (Mateo 16:25).

Cada acto de fe que nos impulsa a salir de nuestra zona de seguridad, cada decisión de obediencia que nos expone a incomodidades o pérdidas, es una oportunidad para hallar nuestra vida en Cristo y cumplir el propósito eterno para el cual fuimos creados. Los riesgos que valen la pena no prometen ausencia de dificultad, sino presencia de Dios; no aseguran reconocimiento humano, sino transformación espiritual y frutos eternos.

Al cerrar este libro, la invitación es clara y desafiante: vivir con valentía, asumir riesgos conscientes y permitir que Dios utilice nuestras vidas como instrumentos de Su Reino. Ser cristianos es ser parte de un proyecto mayor que trasciende nuestro entendimiento, un diseño divino que nos llama a depender, servir y entregarnos unos a otros en unidad y amor.

Los riesgos que valen la pena nos muestran que el precio de la comodidad es la mediocridad, mientras que la recompensa del riesgo es la plenitud, la madurez y la manifestación de la gloria de Dios en nosotros y a través de nosotros.

Finalmente, nos queda una pregunta que retumba en el corazón de cada lector: ¿estamos dispuestos a asumir estos riesgos? ¿Aceptaremos la incomodidad, la incertidumbre y el desafío de obedecer, de confiar y de amar sin reservas? El

riesgo de la fe no es opcional; es la vía por la cual Dios transforma vidas, fortalece Su iglesia y manifiesta Su Reino en la tierra. Que cada uno de nosotros pueda responder con un sí decidido, sabiendo que cada sacrificio, cada paso en obediencia y cada acto de valentía no solo honra a Dios, sino que deja una huella eterna en Su obra.

Los riesgos que valen la pena son, en última instancia, los que nos permiten vivir como verdaderos hijos de Dios, reflejando Su carácter, participando de Su propósito y proclamando Su gloria en un mundo que necesita desesperadamente valentía, amor y unidad.

Que el lector de estas páginas continúe su vida con el corazón encendido, dispuesto a arriesgarlo todo por Cristo, consciente de que el mayor riesgo es no arriesgar nada, y que la mayor recompensa se encuentra en obedecer y seguir al Maestro, confiando plenamente en que Él nunca nos abandonará; por lo tanto, los riesgos que nuestro ser pretende enfrentar son la máxima seguridad que el Reino propone.

“Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.”

Juan 8:12



Oración final:

Señor y Padre eterno:

Te damos gracias porque nos has llamado a una fe que no se conforma con lo seguro, a una vida que confía en Ti más allá de nuestras propias fuerzas y entendimiento. Gracias porque nos enseñas que los riesgos que valen la pena no son simples aventuras humanas, sino pasos de obediencia que nos acercan a Ti y transforman nuestro corazón...

Te pedimos Padre, que Tu precioso Espíritu Santo, nos de valor para creer en lo imposible, para hablar cuando otros callan, para entregar lo que tenemos y hasta lo que creemos seguro, confiando en que Tú provees y guías cada decisión. Que aprendamos a vivir en unidad, a trabajar juntos, a cuidar del cuerpo de Cristo con humildad y amor, reconociendo que nuestra fuerza está en la interdependencia y en el servicio mutuo...

Ayúdanos a vencer el miedo, la comodidad y el egoísmo que nos paralizan, y a recordar que cada sacrificio, cada paso de fe y cada acto de obediencia tienen un propósito eterno. Que nuestra vida sea un testimonio de valentía, generosidad y entrega, reflejando la luz de Cristo en un mundo que necesita esperanza, reconciliación y verdad...

Señor, que nunca olvidemos que el mayor riesgo es no arriesgar nada, y que la mayor recompensa se encuentra en seguirte fielmente, confiando en Tu presencia constante y en Tus promesas eternas. Fortalece nuestro corazón, renueva

nuestro espíritu y haznos valientes para vivir la vida que Tú nos has llamado a vivir...

En el nombre de Jesús, que es nuestra guía y nuestra esperanza, oramos y te damos toda la gloria. Amén.



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mi página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

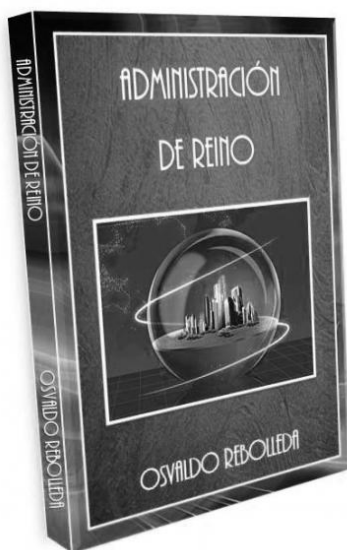
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

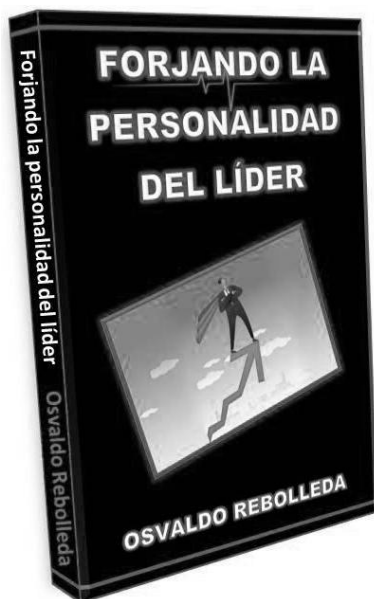
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

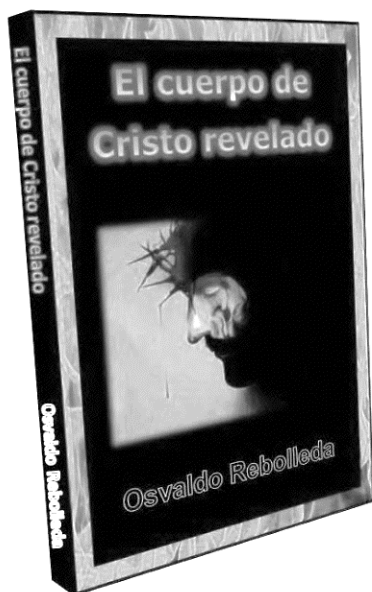
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

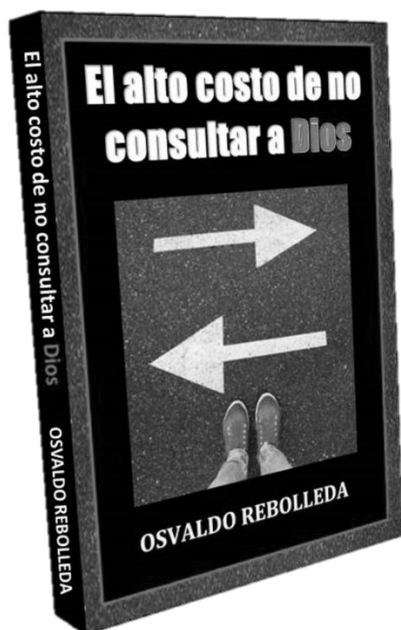


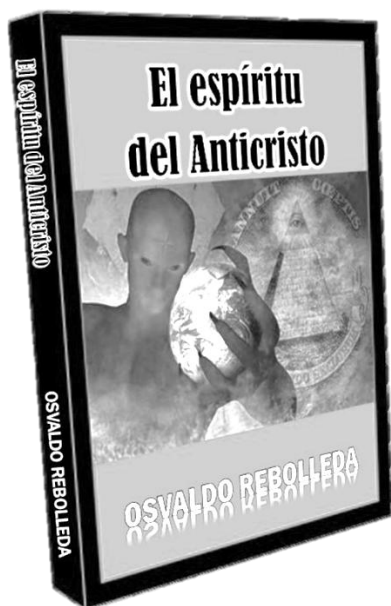
www.osvaldorebolleda.com



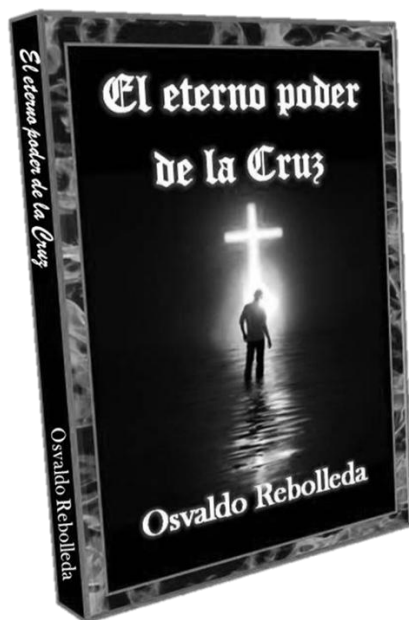
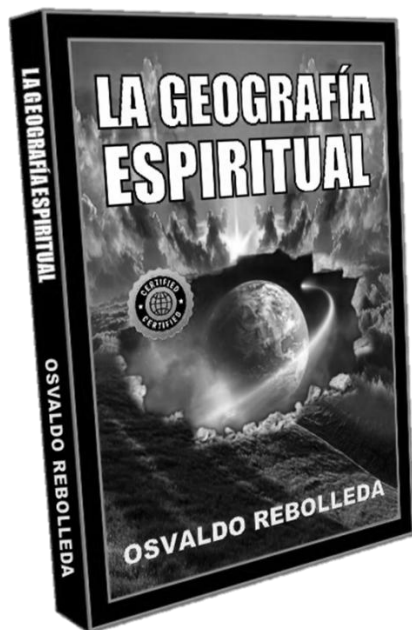


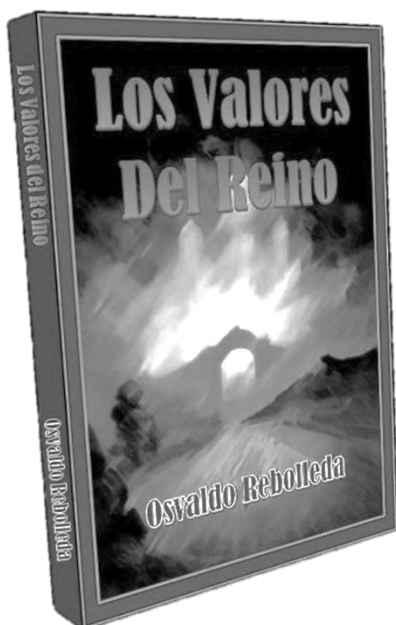
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

